



Á SU SANTIDAD LEÓN XIII
EN EL QUINCUGÉSIMO ANIVERSARIO DE SU CONSAGRACIÓN EPISCOPAL
OFRECEN SU MÁS HUMILDE Y FILIAL HOMENAJE DE VENERACIÓN Y AMOR
LAS MISIONES CATÓLICAS

LA DIGNIDAD EPISCOPAL

La dignidad episcopal, la más elevada en la jerarquía del orden, se considera como el remate, la plenitud y la consumación del sacerdocio católico.

«El Obispo reúne en su persona, dice San Ambrosio, todas las órdenes á la vez; porque él es el príncipe de los sacerdotes, ... y puede ejercer todos los ministerios que reclaman todas las necesidades espirituales de los fieles.»

Es cuestión muy debatida entre ilustrados teólogos y canonistas, si el episcopado es un orden distinto del presbiterado, ó más bien su perfección y complemento, pero lo que no admite duda es que, habiendo algunos herejes negado la superioridad de los Obispos sobre los simples sacerdotes, enseñada unánimemente por los Padres y Doctores de la Iglesia, el Concilio de Trento creyó deber hacer de ella un artículo de fe católica, definiendo en el canon 7 de su sesión 23 que: *Si alguno dijere que los Obispos no son superiores á los presbíteros, ... sea excomulgado.*

Los Obispos están investidos de dos clases de potestad: una, que corresponde á la jerarquía del orden, y otra, á la jerarquía de jurisdicción.

El carácter de sucesores de los Apóstoles les transmite el pleno poder que aquéllos tuvieron en cuanto al sacerdocio, de manera que no hay Sacramento que no puedan administrar, ni consagración que no puedan hacer, ni acto alguno sacerdotal ó del culto que esté fuera del alcance de su potestad, con arreglo siempre á las prescripciones de la Iglesia. El mismo Soberano Pontífice, á pesar del primado de honor y de jurisdicción que le compete exclusivamente, no es superior en cuanto al orden ni puede hacer más que los Obispos, á quienes considera y llama sus Venerables Hermanos.

En cuanto á la potestad de jurisdicción, si bien no se les ha transmitido la extraordinaria que tenían los Apóstoles para predicar en todo el mundo, para ejercer las funciones apostólicas, crear nuevas iglesias, establecer otros obispos, etc., si tienen la misma que á aquéllos competía como á obispos, con la diferencia de que éstos la tienen circunscrita á solo el territorio que les señala el Soberano Pontífice, y que además el ejercicio de su autoridad episcopal ha recibido, con el transcurso del tiempo, algunas restricciones, necesarias para el más perfecto gobierno de la Iglesia universal.

En cuanto á la jurisdicción y jerarquía, los Obispos son, no solamente inferiores al Romano Pontífice, que como sucesor de San Pedro es la cabeza de la Iglesia, y tiene el primado de honor y de jurisdicción en toda ella, sino que en todo le están sometidos; de él reciben la investidura; él restringe ó amplía sus facultades, juzga sus acciones, puede imponerles penas, trasladarlos, etc.

El gobierno de la Iglesia es monárquico, es decir, gobernada por una sola cabeza, que es el Papa, de quien el Concilio Florentino dice: «El Papa es el verdadero Vicario de Cristo, cabeza de toda la Iglesia, Padre y

Doctor de todos los cristianos, y quien ha recibido de Jesucristo, en la persona de San Pedro, el pleno poder de regir y gobernar á la Iglesia universal.» Pero siendo imposible que el Soberano Pontífice ejerza, inmediatamente y por sí mismo, las funciones del ministerio pastoral en toda la Iglesia, ésta se ha dividido en muchas circunscripciones, llamadas *diócesis*, cuyo gobierno confía á aquel á quien él mismo elige obispo, da la institución canónica, y confiere la jurisdicción sobre el territorio señalado.

«El Sumo Pontífice, dice el sabio Guillois, es secundado por los Obispos en el gobierno de la Iglesia; pero éstos no obran sino bajo su dependencia, y aquél no es por esto menos jefe de la Iglesia universal. De donde se sigue, que cada diócesis tiene dos Pastores: uno propio, especial, que es el Obispo; y otro que le es común con todas las demás diócesis, el Papa, que puede en el mundo entero lo mismo que cada Obispo en su propia diócesis. Sin embargo, el Papa, desde que nombra los Obispos, no se ocupa en manera alguna de la administración de sus diócesis, ni aun lo podría hacer sin graves inconvenientes; pues la autoridad episcopal sería en ese caso menos respetada, y no tan venerable como lo es á los ojos de los fieles. Por esto la autoridad de la Santa Sede interviene solamente, cuando la necesidad ó el bien de alguna diócesis lo requiere.

«Los Obispos, con el Pontífice de quien dependen, son los Pastores legítimos de la Iglesia, encargados de instruir y de gobernar á los fieles en nombre de Jesucristo. Se les llama *legítimos*, porque reúnen todas las condiciones, todas las cualidades requeridas para ejercer sus funciones, y porque la jurisdicción de que están investidos les ha sido conferida conforme á las reglas y leyes de la Iglesia, única depositaria de todo poder y jurisdicción espiritual. Un Obispo que, sin jurisdicción y sin ser legítimamente llamado, tuviera el atrevimiento de gobernar una diócesis, sería considerado por todos como *intruso*, como serían *intrusos* también los párrocos que él enviara á las parroquias de la diócesis.»

San Pedro, el Príncipe de los Apóstoles, ha tenido sus sucesores; éstos son los Papas, jefes y pastores de la Iglesia universal: los otros Apóstoles han tenido también sus sucesores; éstos son los Obispos, jefes y pastores de las iglesias particulares de que se compone la Iglesia universal: los setenta y dos discípulos, inferiores á los Apóstoles y coadjutores suyos en la predicación, han tenido también sus sucesores, que son los presbíteros y demás ministros inferiores, que, dependientes de los Obispos, les ayudan en el ministerio del sacerdocio. Esto es lo que elocuentemente expone el sabio canonista Schmalzgrueber: «Establecido pastor supremo de las ovejas y de los corderos, Pedro estaba encargado de *confirmar* en la santa doctrina á los Obispos, *sus hermanos*, que el *Espíritu Santo colocara* bajo su autoridad, para compartir la solicitud y gobernar la Iglesia de Dios. Los Obispos á su vez debían, según la doctrina del Apóstol, ser ayudados y auxiliados en su cargo por los presbíteros y ministros secundarios, distintos de los simples fieles. Ved aquí toda la santa jerarquía, constituida por el Hijo de Dios, y que se compone de un Pontífice Soberano, Vicario y Representante del Salvador; de Obispos, que reciben

de este Pontífice su jurisdicción; y de sacerdotes y ministros inferiores, que están bajo la dependencia de los Obispos. ¡Milicia sagrada que durará tanto cuanto dure la Iglesia, como la Iglesia durará tanto cuanto dure el mundo! ¡El Dios del cielo ha comprometido para ello su divina palabra!»

El vínculo que une al Obispo con su diócesis es, como el vínculo matrimonial, íntimo, indisoluble y sagrado; y según la expresión de Inocencio III, se entiende *iniciado* en la elección, *rato* en la confirmación y *consumado* en la consagración. Adoptando esta comparación, el Obispo lleva el anillo, llamado *esposa*, que simboliza su enlace con la diócesis; por esto la iglesia privada de su Obispo se considera como *viuda sumida en la tristeza*.

El poder del Obispo para gobernar á la diócesis le confiere jurisdicción, tanto en el fuero interno de la conciencia, como en el externo de la sociedad. En virtud del primero, pesa sobre sus hombros una carga capaz, según el Crisóstomo, *de abrumar á los mismos Angeles*; pues está obligado á residir en su diócesis, edificándola con el ejemplo de sus virtudes; á predicar la verdad; á administrar los Sacramentos á sus diocesanos, principalmente los de la Confirmación y el Orden, de los que es el ministro ordinario; á orar por ellos, ofreciendo por su salud el augusto Sacrificio; á cuidar especialmente de los pobres, de los niños y de los enfermos, etc., etc.

En el fuero exterior le compete la formación y gobierno del clero por derecho común y especial; y en general la dirección y gobierno de todos los fieles de su territorio en lo espiritual y en todo lo concerniente á la salvación eterna.

El es el solo juez ordinario y natural de cuanto corresponde á la Religión; á él toca decidir las cuestiones de fe ó de moral, interpretando la Sagrada Escritura y conservando fielmente la tradición de los Padres, y de allí viene el derecho que le corresponde de examinar todos los libros de Religión que se publican en su diócesis. El Obispo es quien debe reglamentar la policía eclesiástica, para lo cual puede hacer todos los estatutos, mandamientos y ordenanzas que crea convenientes, con tal que sean conformes á la disciplina y á las leyes generales de la Iglesia. Al Obispo corresponde dispensar de los cánones, en los casos en que los mismos cánones se lo permiten, y en todos los demás en que la utilidad evidente de la Iglesia lo requiere, excepto los reservados al Papa. Tiene además el poder de unir, separar, desmembrar los beneficios; de conceder dimisorias y dispensas; de imponer penitencias, excomunion, suspensiones y excomuniones; de absolver de dichas penas; de dar decretos para la fundación, erección y supresión de los beneficios. A él toca elegir y nombrar para los cargos públicos de la Iglesia; está encargado de todos los desgraciados y pobres, por lo que le corresponde naturalmente la dirección de los hospitales, de todos los establecimientos de caridad y de todas las Hermandades y Asociaciones que se forman con este fin... En una palabra, la autoridad del Obispo es tan amplia en la Iglesia, que puede hacer todo lo que no es contrario á las disposiciones canónicas que actualmente están en vigor, y que no está prohibido por és-

tas; y se juzga que, todo lo que no es especialmente reservado á la Santa Sede, es permitido al Obispo.

De aquí provienen el profundo respeto, el amor filial, la obediencia pronta, la íntima confianza que los fieles deben tener á su Obispo, en cuya persona deben reconocer la imagen venerable del Divino Maestro, á quien representan y de quien son altísimos ministros en la Iglesia.

CORRESPONDENCIA

BAGDAD (Turquía Asiática)

Las nuevas obras de beneficencia.—Asilo para huérfanos.—Hospicio.

El Ilmo. Altmayer, delegado apostólico en Mesopotamia, dos años ha vino á Europa para reunir recursos con que atender á las necesidades de su Misión. De regreso á las orillas del Tigris ha fundado instituciones muy necesarias en los países desheredados que evangeliza, especialmente en Bagdad. La siguiente carta del P. Dominico Enrique Bernard, vicario general, da breves noticias sobre estas creaciones nuevas. Delegado apostólico en Mesopotamia, Kurdistan y Armenia Menor; arzobispo latino de Bagdad, sede cuyos límites abrazan Asiria, Basora, Mossul y Amid, el Ilmo. Altmayer extiende su jurisdicción á inmensos territorios cuyas necesidades merecen el apoyo y simpatía de todos los católicos.

RETENIDO en Mossul por circunstancias de gravedad excepcional, me delegasteis para inaugurar en Bagdad las obras nuevas de beneficencia debidas á vuestra iniciativa, y en favor de las cuales solicitasteis el concurso de la caridad católica durante los últimos meses de vuestra permanencia en Europa.

Hállome en estado de poder daros cuenta halagüeña de estas obras nacientes, y de salutar en ellas, de concierto con los católicos de Bagdad agradecidos, el complemento de las fundaciones precedentes. A la escuela para niñas, cuya creación remonta al episcopado fecundo del Ilmo. Coupperie, de santa memoria, y que data de 1824; á la sala de asilo, cuya construcción é instalación en 1836 deben á vuestra generosidad los niños de ambos sexos de todos los ritos; al pensionado que se inauguró el mismo año para dar á las hijas de las principales familias una educación é instrucción capaz de ponerlas al nivel de las europeas; al obrador donde las menos afortunadas de nuestras jóvenes encuentran, con prudentes consejos y una vigilancia enteramente maternal, un empleo remunerador; á todas estas obras de utilidad general habéis querido añadir un asilo para huérfanos, y un hospicio, cuya necesidad se hará sentir en tanto que, conforme á la promesa de Nuestro Señor Jesucristo, nunca falten pobres entre nosotros.

¿Qué poderoso motivo os ha obligado á fundar estos dos establecimientos, añadiendo así nueva carga á la que ya gravita sobre vuestros hombros? Vuestra ilustrísima lo dijo elocuentemente á los católicos de Europa. El cólera, que muchos años ha parece encarnizarse en nuestro Oriente, ha causado en Bagdad considerables víctimas: en nuestra cristiandad, á pesar de ser tan reducida, gran número de niños han perdido á sus padres.

La miseria, con sus dolores y peligros, ha seguido de cerca á la epidemia.

Desde Europa, en donde os encontrabais, se envió autorización á la Superiora de las Hermanas para que acogiese sin dilación á las niñas más desamparadas, y vos no habéis vacilado en tender la mano á la nueva familia que os confiaba el cielo, dejando á la Providencia y á la caridad europea el cuidado de determinar la medida y el límite á que debemos concretarnos.

Al presente tenemos diez huérfanas de cinco á diez años. Ciertamente el corazón de la M. Exuperia quisiera extender sus maternales beneficios á otras desheredadas de la fortuna que lo solicitan; pero la absoluta falta de medios se lo impide.

Nuestras generosas Hermanas de la Presentación comparten con las acogidas esos aposentos angostos y bajos, propios de la arquitectura del país, á los que se da el nombre de *kafisch-kanes*, y que cerrados con cristales, tienen el aspecto de un ómnibus europeo.

Un día me avisaron que la casa que adquiristeis contigua á la habitación de las Hermanas, amenazaba ruina: á través de las hendiduras del terrado, el agua de las lluvias torrenciales había penetrado profundamente en las paredes, que en Bagdad son por lo común de tierra. Personas peritas opinaron que debía demolerse la casa á fin de evitar una catástrofe. Así se hizo, y ahora se está reconstruyendo, confiando que estarán terminadas las obras antes de mi regreso á Mossul.

Gracias á los desvelos de las Religiosas, la salud de las tiernas asiladas es excelente: respecto á la piedad y á las nociones esenciales de instrucción, el ejemplo y la enseñanza que se les da no pueden ser mejores.

Otra obra, no menos interesante y de absoluta necesidad, se impone ahora á vuestros cuidados. Refiérome al hospicio que hemos debido crear, en vista de los manejos de los protestantes. Seducir á nuestros católicos de todo rito por el poderoso atractivo que ejerce la caridad corporal; discutir puntos de dogma con todos, y obligar á los indigentes á optar entre las prácticas de la piedad católica y la asistencia médica del ministro anglicano, es un juego para los apóstoles del libre examen.

Comprendiendo la inminencia del peligro, habéis decidido precaverlo á toda costa. Al efecto, después de habilitar lo mejor posible un local á propósito, hicisteis un llamamiento á la generosidad de un venerable Religioso para que en el nuevo hospicio aceptase el cargo de director y médico, y á las Hermanas de la Presentación para regentar la farmacia y asistir á los enfermos.

Después de veintisiete años de Misión en que se ha dedicado al servicio de los pobres dolientes, el reverendo P. Damián ve, pues, realizados sus más ardientes votos: puede dar cita á todas las miserias humanas en su vivienda, y tiene á su disposición los remedios que la Hermana entrega gratuitamente á los pobres.

A muchos hemos asistido, que, curados ya, vuelven á sus ocupaciones ordinarias. ¡Cuántos, empero, son los enfermos dignos de compasión por su total abandono, á quienes no podemos acoger por falta de local y de recursos para adquirir lo más indispensable!

PERSIA

Una audiencia de S. M. el Shah al Delegado Apostólico.

En substitución del Ilmo. Thomas, á quien el estado de su salud no permitía continuar ejerciendo el cargo de delegado apostólico en Persia, fué nombrado el Ilmo. Montety, que pertenece, como aquél, á la Congregación de los Lazaristas. Su primer cuidado, al llegar á la capital de Persia, fué pedir una audiencia al Rey. La solemne recepción que obtuvo refiérela el P. Malaval en la siguiente carta al Rmo. P. Fiat, superior general de los Lazaristas.

DESDE últimos de Diciembre hállase entre nosotros el Ilmo. Montety. Uno de los asuntos más importantes que tenía que tratar en Teherán, era obtener una audiencia del Rey para entregarle una carta y un regalo del Papa, y recomendar nuestras Misiones á su augusta benevolencia.

La audiencia fijóse para el sábado 7 de Febrero á la una de la tarde. Al medio día el Sr. Balloy, representante francés, su trujimán y su secretario, todos en traje oficial, vinieron en coche á buscarnos á la Misión. El Ilmo. Montety se vistió la sotana morada y el manto del mismo color, y yo me puse capa y alzacuello rojo.

En el centro de la ciudad hay dos alamedas con dos grandes puertas que dan entrada á la fortaleza donde se encuentra el palacio del Shah. Acompañados de algunos *farraches* (sirvientes) de la legación á caballo, llegamos á la puerta grande, donde nos aguardaban los *farraches* del ministro y los *yacados* (correos reales), vestidos de escarlata. Desde allí fuimos al palacio, lo que permitía á transeúntes y curiosos ver al gran *Kalifa frangi*, que iba á ser recibido por el Rey, á los pocos días que los *mollahs* y *muschteheds* (miembros del clero musulmán) descontentos, habían amotinado parte del pueblo contra él.

Al llegar á una de las puertas exteriores nos apeamos, y por una galería oscura pasamos á un patio con gran número de plátanos y estanques de agua viva. En el fondo hay el salón del trono de mármol, donde se sienta el Rey el primer día del año para recibir los homenajes de sus ministros y otros funcionarios de la corte, lo mismo que á los embajadores y representantes en Teherán de las diversas naciones.

En una de las piezas contiguas á este salón el *techri-futchi-bachi* ó maestro de ceremonias, llamado Zaireuf-Daulet, nos ofrece el *kaliom* y el té mientras aguardamos turno, pues había de ser introducido antes que nosotros el ministro de Austria. Introdújole luego á la presencia del Shah el maestro de ceremonias, cubierto con un chal de Cachemira, preferido por los orientales para traje de corte á causa de la finura del tejido y del brillo de las flores. Momentos después el mismo oficial vino á advertirnos que el Rey nos aguardaba.

Siguiéndole atravesamos un segundo patio, pues no se llega fácilmente á la presencia del Shah. Después de pasar un largo corredor, llegamos finalmente al palacio propiamente dicho.

Al pie de la escalera de honor nos hicieron quitar los chapines, mientras que el maestro de ceremonias reemplazaba su *kolah* (sombrero común) por un turbante en forma de tiara, y se descalzaba, para andar solamente con las medias rojas, lo mismo que los otros in-

troductores. Subimos las escaleras, saludados á derecha é izquierda por *gholams*, *khans* y *mirzas* (guardias, oficiales y criados), que se encontraban más ó menos cerca de la sala de audiencia, según la mayor ó menor importancia de sus funciones. Después de pasar por dos salones adornados con espejos y cuadros, subimos y bajamos algunos peldaños, siendo, á lo que parece, propio de la arquitectura persa esta desigualdad de nivel. Henos por último cerca de la sala donde se encontraba el Rey.

Tanto preámbulo me había hecho sospechar que íbamos á ver cosas extraordinarias; pero ¡cuál fué mi sorpresa cuando al entrar vi al Rey sentado en un modesto sillón, junto á un hogar con escaso fuego! Acercámonos haciendo los tres saludos de etiqueta, pero sin

con él adquiriría fuerza. Debía ser el *Kuhi-nur* (montaña de luz), cuyo valor asciende á cuarenta millones.

El representante de Francia tomó asiento en una silla, cerca del Rey, é hizo la presentación de S. I. con el título de delegado del Papa.

—*Rhoch amedid!* (¡Sed bienvenido!) contestó el Monarca, quien, cruzando las piernas, esperó gravemente que S. I. le dirigiese los acostumbrados saludos, á los cuales correspondió con las mismas palabras: «¡Sed bienvenido!»

Presentáronle entonces en una bandeja de plata la carta del Sumo Pontífice. Tomóla el Rey, y trató de leer el sobrescrito en latín. Dióle vueltas y más vueltas, hasta que llamando á un oficial, le mandó que la tradujese.



TÚNEZ.—Ruínas del Nymphaeum de Zaghuán. (Pág. 85)

quitarnos los sombreros, pues ante S. M. nadie puede descubrirse, mientras que los diferentes oficiales se inclinaban profundamente, apoyando ambas manos en las rodillas y dejándolas deslizarse casi hasta los pies.

Nasreddin-Shah tendrá unos sesenta años; es de agradable aspecto; sus ojos son vivos é inteligentes, y no se deja más pelo que el bigote. Vestía un *hulidjchch*, especie de túnica corta de paño negro, con botones incrustados de rubís ó esmeraldas. Cubría su cabeza el gorro persa común, si bien adornado con un grueso diamante, sin duda el *Deriai-nur* (océano de luz). Parece que cada uno de los diamantes mayores tiene su nombre. De ellos está orgulloso el Soberano, y los tiene en la mayor estima. Aquel mismo día durante el almuerzo puso uno sobre la mesa, diciendo al médico que

—¿Sois vos el delegado del Papa? dijo luego á S. I. ¿Cómo está?

Y sin aguardar respuesta, repitió la pregunta cinco ó seis veces, pero en términos diferentes, y entrando en menudos detalles que nos sorprendieron.

Como añadiese que amaba mucho al Papa, el señor Delegado le dijo que Su Santidad tenía en grande estima al Rey de Persia, y que en la audiencia que le había concedido le habló de S. M., recordando que cuando fué elevado al Pontificado, el Shah le envió uno de sus oficiales para felicitarle.

Preguntó en seguida el Rey á S. I. en qué consistía su delegación, y cuál era el lugar de su residencia.

—Vengo delegado por Su Santidad para cuidar de los católicos de Persia, y resido en Urmiah.

Prosiguió S. M. la conversación pidiendo detalles sobre los católicos, su número y las diversas obras de los misioneros, á lo que satisfizo S. I., aprovechando la ocasión para ensalzar la adhesión de los misioneros y sobre todo de los católicos persas á su Soberano.

Examinó luego el Rey el regalo del Papa, que consistía en un magnífico mosaico representando el sepulcro de Cecilia Metella. Esta delicadeza de su parte nos fué muy grata, pues cuando un personaje admitido á la audiencia ofrece regalos, la etiqueta exige que los reciba el Monarca sin dar señales de gozo ni sorpresa. No fué así con el regalo pontificio, que había dispuesto colocasen á su lado. Preguntó á S. I. qué era aquel cuadro, á lo que respondió el Ilmo. Montety:

—Es un monumento antiguo que Su Santidad ha hecho restaurar, y que ofrece á V. M. como testimonio del afecto que le profesa.

—Sí, sí, es un recuerdo del Papa, que me complace sobremanera.

Y volviéndose al Sr. Balloy se informó de su salud, habló de la suya, y de la *influenza*, que reina en Teherán, lo mismo que en Europa.

La audiencia tocaba á su fin, y el diplomático francés pidió al Rey que nos despidiese. El Príncipe recobró entonces su aire de dignidad, y saludónos con una ligera inclinación de cabeza, mientras nosotros nos retirábamos andando hacia atrás, y haciendo los mismos saludos que al entrar.

Todos nos hemos felicitado del éxito de esta audiencia concedida al Delegado apostólico por Naserddin-Shah, quien nos ha maravillado por su sencillez y afabilidad. Dista mucho de ser el déspota que se imaginan en Europa. Si habla rápida y bruscamente dícese que es para disimular una timidez harto cierta. Aun se le acusa de tener excesivo mansedumbre, y poca constancia en sus resoluciones. Ama el bien, y apoya á los que lo practican. Protege á sus súbditos cristianos, á quienes concede empleos y honores. Parécenos, pues, que S. I. obtendrá del Soberano lo que convenga para el feliz éxito de nuestras obras.

S. I. ha hecho una visita á los elevados funcionarios que rodean al Rey, especialmente á los ministros y al gran visir, pues es muy ventajoso mantener buenas relaciones con estos personajes que nos respetan, nos aprecian y se prestan gustosos á nuestros deseos.

MALABAR (Indostán)

Entusiasta recepción hecha al Delegado de Su Santidad.—Admirable firmeza de los católicos de Tangacherri.

De una carta escrita por un Religioso carmelita español, misionero en Quilón, extractamos el siguiente relato, que leerán con gusto nuestros lectores, no cabiendo la menor duda de que los hechos gloriosos de los pobres cristianos de Oriente, que en medio de tantos peligros y de tantas instigaciones á la prevaricación y apostasía, conservan su fe y hacen obras dignas de ella, servirán de edificación á los católicos de Europa.

La ciudad de Quilón fué fundada el año 824 de la era cristiana. La palabra Quilón ó *Coilam* significa palacio del rey, y hasta el tercer cuarto del siglo pasado Quilón fué residencia de un reyezuelo que

se intitulaba *Rajá*. Desde Quilón escribió en el siglo XIV el P. Jordán Bruno, dominicano, célebre misionero en la India, la curiosa obra intitulada *De Mirabilibus Indiæ*. En Quilón existieron cristianos en mayor ó menor número, y más ó menos ignorantes y adictos al error desde los primeros tiempos de la era cristiana; en Quilón establecieron los portugueses factorías á principios del siglo XVI; en Quilón, en fin, obró San Francisco Javier estupendos milagros y bautizó millares de paganos.

Esta ciudad no ha perdido nada de su antigua importancia; pues aun hoy es la segunda capital del reino, y en lo eclesiástico, la sede del Obispo católico, y en comercio é industria, la primera de Travancor. Hay una fábrica magnífica de algodón, donde trabajan más de seiscientos operarios; bazares en que se hallan, no sólo los productos del país, sino también de Europa; tribunales de justicia, escuelas, un regimiento de infantería mandado por oficiales ingleses, y algunos edificios notables. El número de habitantes se aproxima á treinta mil, que se dedican en su mayor parte al comercio y á la industria, y los que viven á la orilla del mar, que serán unos tres mil, á la pesca.

Esta es la ciudad en que el delegado apostólico monseñor Ajuti, el día 8 de Noviembre hizo su entrada, que más parecía el regreso de un general romano victorioso que la venida de un Prelado de la Iglesia á visitar á sus cristianos, que apenas forman una quinta parte de la población. El desembarcadero y el trayecto que debía recorrer estaban adornados con arcos triunfales é inscripciones alusivas al personaje que se dignaba visitarlos. Millares de cristianos aguardaban en el desembarcadero al representante de Su Santidad, y un sinnúmero de paganos habían acudido al mismo lugar por curiosidad. Los Padres Carmelitas, que estaban en medio de la multitud de cristianos y curiosos, al acercarse á la orilla el bote en que venía el Delegado fueron á recibirle, y después de haberle saludado y besado el anillo, le condujeron á un dosel que oportunamente se había preparado. Entonces un católico quilonense leyó en nombre de todos un discurso congratulatorio, al que S. E. contestó con palabra dulce y afabilidad paternal: «Que estaba satisfecho de la cordialidad con que le habían recibido; que confiaba en el Señor que la fe y la adhesión á la Santa Sede crecerían de día en día entre los fieles, y que diría en tiempo oportuno al Padre Santo cuánto le amaban los cristianos de Quilón.» Cuando el ilustre Prelado concluyó su discurso, la música del regimiento acantonado en esta ciudad comenzó á tocar *The conquering Hero comes* (*El héroe conquistador viene*), y todos se pusieron en movimiento hacia la iglesia parroquial, donde aguardaba el Ilmo. Ossi *in pontificalibus* para recibirle según las ceremonias de la Iglesia. Durante la procesión, que formaban el clero parroquial, el Seminario, doce Cofradías con sus estandartes, y las monjas Terciarias del Carmen con sus alumnas, todas de gala y con banderas, era tanta la aglomeración de gente y tanta el ansia de ver al bondadoso Prelado, que muchos, como otros Zaqueos, subían á los árboles para ver al que venía en el nombre del Señor. Los seminaristas cantaron durante la procesión, con gusto y buena entonación,

Benedictus qui venit in nomine Domini. Una vez en la iglesia, el Delegado dió la bendición papal, é inmediatamente se retiró al palacio del señor Obispo.

S. E. visitó después el Seminario eclesiástico. Estas, según mi humilde modo de ver, una de las instituciones que más gloria han dado en lo pasado y darán probablemente en lo porvenir á la Orden Carmelitana en la Misión de Quilón. Cuando los Carmelitas se establecieron aquí, no había Seminario ni otra institución que mereciese tal nombre; había cristianos, sí, pero carecían de aquellos medios por los cuales, según el curso ordinario de la Providencia, se promueve el bien de los pueblos. La grande dificultad consiste en conocer las necesidades de los tiempos y en adoptar los medios más conducentes para conseguir el fin que uno se propone. Los Carmelitas estuvieron á la altura de su misión, y por eso comprendieron perfectamente que para que arraigue y prospere la fe en un país, es necesario educar á los indígenas, elegir de entre ellos candidatos para el sacerdocio, para predicar el Evangelio á sus compatriotas, y por este motivo, en conformidad con las enseñanzas de la Santa Sede, fundaron el Seminario, que ya ha comenzado á dar frutos de bendición. De él han salido celosos ministros del Señor, que trabajan con tanto fruto en los puntos que su Superior les ha confiado, y que honrarían, por sus cualidades intelectuales y morales, á cualquiera diócesis de Europa. En él se enseña Gramática latina é inglesa, Retórica, Geografía é Historia de la India, Filosofía, Teología, Moral, Historia eclesiástica, música y liturgia. Gracias á la inteligente administración del Ilmo. Fernando, todo va mejorando, todo va tomando un aspecto lisonjero.

Los seminaristas saludaron al Delegado con un discurso latino, en que manifestaron sus sentimientos de alegría y gratitud por la dignación de tan alto personaje en visitarlos, y su adhesión á la Santa Sede.

S. E., con su amabilidad característica, les contestó con breves pero cariñosísimas palabras, que sin duda dejaron en los juveniles corazones de los seminaristas gratas y duraderas impresiones. Les dijo que el Papa amaba mucho á los cristianos de Malabar, como se lo había dicho él mismo y como lo prueban tantas mercedes otorgadas por la Santa Sede á estas cristiandades; que se hallaba satisfecho en medio de los jóvenes indígenas que, llamados por el Señor al santuario, se dedicaban á la práctica de la virtud y al estudio de las ciencias bajo la inteligente dirección de los Padres Carmelitas; que procurasen ser virtuosos y amantes del estudio para ser un día útiles á la Iglesia de Dios y á su patria, y en fin, que los bendecía con toda la efusión de su alma. Concluido el discurso del Delegado, los seminaristas dieron un concierto de violines que gustó mucho, y cantaron el *Benedictus* con una perfección que llamó la atención de todos.

A la tarde, el Delegado y el Obispo diocesano, con su comitiva, se dirigieron á Tangacherry, donde fueron recibidos con entusiasmo y señales inequívocas de su fe y adhesión á la Santa Sede y Superiores eclesiásticos. Tangacherry dista de la residencia episcopal unos veinticinco minutos, y está á la orilla del mar. Es un pueblo enteramente católico; hay una sola familia que pertenece á la secta anglicana. Es un pueblo tan adicto á

la fe católica, que jamás ha querido tolerar que protestantes, judíos ó paganos, que por desgracia abundan por aquí, se establezcan dentro de este pequeño territorio inglés.

Hace unos seis años que un tendero mahometano quiso establecerse aquí, sin duda para enriquecerse á expensas de los cristianos, y para lograr su objeto puso en juego influencias, amenazas, en suma, toda la astucia musulmana; pero todo fué inútil. Tuvo que ejercer su profesión fuera de Tangacherry. Como los tangacherrinos son dueños de la propiedad, tanto urbana como rústica, de su país, el infeliz secuaz de Mahoma no halló quien le diera un palmo de tierra en este pequeño territorio, felizmente sujeto á Inglaterra. ¡He aquí cómo conservan estos cristianos la unidad religiosa en medio de paganos, mahometanos, judíos, jacobitas y protestantes! ¡Qué ejemplo para las naciones cristianas, que por su culpable indiferencia han perdido joya tan preciosa!

Con todo, conviene notar que en la India en ninguna parte es practicable lo que en Tangacherry con la buena voluntad é intransigencia católica de sus habitantes se obtiene. Se comprenderá fácilmente como Tangacherry ha llegado á un estado tan feliz en punto á religión, en una región en que todas las sectas tienen omnimoda libertad, si se considera que á principios del siglo XVI comenzó á ser colonia portuguesa; que si bien los herejes holandeses arrojaron á los portugueses de sus posesiones de Travancor, y después los ingleses, también herejes, se apoderaron de todo, jamás violentaron la conciencia religiosa de sus habitantes, y que, cuando el lugar dejó de ser útil para sus intereses, lo abandonaron por completo, sin dejar más vestigio de su permanencia que un cementerio.

Grato me es hablar de este rincón de la India, pues aquí pasé mis primeros años de misionero juntamente con mis compañeros, todos españoles, que vinieron hace siete años á la Misión de Quilón; aquí nos dieron hospitalidad, que nunca agradeceré bastante; aquí, en fin, nos acostumbramos á los calores del país. Los seis españoles, excepto el hermano Pedro, que pasó á mejor vida, todos trabajan ya, gracias á Dios, en la viña del Señor; pero de los seis, sólo el P. Juan, natural de Vizcaya, reside en Tangacherry, y está encargado de la dirección espiritual de esta Congregación.

Los feligreses, con su vicario al frente, recibieron al Delegado Apostólico según prescribe el Ritual; inmediatamente dió la bendición con el Santísimo, y volvió á la residencia del Obispo, después de haber sido testigo de las manifestaciones entusiastas de fe de un pueblo que de corazón le ama.

El día 10 S. E., en compañía del ilustrísimo señor Obispo diocesano, del Ilmo. Montagoni, del P. Riolley, misionero de Coimbatore, del secretario del señor Obispo, P. Juan Gonzálvez, y de los Padres Carmelitas residentes en Quilón, visitó el convento de monjas Carmelitas, que se dedican á la enseñanza. Estas monjas son terciarias del Carmen y se intitulan Carmelitas Teresianas, las cuales tienen tres conventos en la diócesis de Quilón, y el bien que hacen es digno de todo elogio. Para recibir al Delegado Apostólico hicieron preparativos que son, sin duda alguna, un argumento

de su buen gusto, y que merecieron los aplausos de los que aquel día visitaron la institución. El programa era algo complicado, pero fué ejecutado con precisión y exactitud. Una educanda leyó con pronunciación fácil y expedita un discurso congratulatorio; después se dió un concierto de violines por las educandas, y al fin se representó un drama en cuatro actos.

Cuando todo el programa se ejecutó, S. E. pronunció un breve discurso en que manifestó su gratitud por los honores de que había sido objeto, ensalzó la Institución y las Religiosas que la dirigen con palabras que dejarán en sus corazones indeleble recuerdo, y después de haber dado la bendición apostólica, se retiró.

He presenciado en este país recepciones de grandes personajes; vi, por ejemplo, los preparativos que se hicieron para recibir al gobernador de Madrás, lord Connemara, que es bastante popular en esta Presidencia; pero me parece que no se puede establecer comparación entre la recepción hecha al gobernador por el elemento oficial, y la que se hizo al Delegado por los cristianos. Sólo un pueblo creyente puede hacer lo que los cristianos de Malabar, á pesar de no ser más que una sexta parte de la población y de pertenecer á la clase más pobre, han hecho con motivo de la visita del representante de Su Santidad.

PONDICHERY

(Indostán)

Las Religiosas indias de Nuestra Señora del Buen Socorro.

El Rdo. Fourcade, de las Misiones Extranjeras, misionero en Alladhy, nos escribe desde Tindhivanam con fecha de 26 de Abril de 1892 la siguiente carta:

Voy á referiros la historia de una colmena.

Un misionero venía de Europa para evangelizar á los infieles de la India. De súbito levantóse fiera tempestad, y siendo inútiles cuantos esfuerzos se hicieron para contrarrestarla, el buque iba á desaparecer bajo las aguas. Entonces el sacerdote cayendo de rodillas, levantadas las manos al cielo exclamó:

—Radiante Estrella de los mares, si nos obtenéis que se aplaque el viento y la tempestad, os prometo fundar una Orden de Religiosas indias bajo la advocación de Nuestra Señora del Buen Socorro.

Apaciguóse luego por grados la tormenta, sucediendo el himno de acción de gracias á los clamores de la oración.

Transcurridos pocos días el enviado de Dios desembarca felizmente en la playa de Pondichery. Era la hora bendita en que la primavera de la gracia hacia derretir la nieve en las montañas del Paganismo. En medio de aquella maravillosa eflorescencia, no descuidó el misionero cumplir su voto.

Para las vírgenes deseosas de consagrar sus corazones á Aquel que tiene sus complacencias entre los lirios, basta una pequeña morada como la de Nazaret. Los comienzos son humildes, y no se admiten sino almas escogidas; pero tanto atesoran éstas en el Corazón de Jesús, que otras y otras abejas vienen á posarse en la misma flor divina.

En 1880 la primitiva colmena no puede contener ya los nuevos enjambres. Un santo sacerdote, el P. Li-

geón, es el capellán de esta república interesante. Comprendiendo la necesidad de construir un edificio más vasto, se pone á mendigar. ¿Quién de nosotros no ha visto á este venerable anciano de barba blanca, de rostro modesto y recogido, recorrer descalzo las calles, entrar en las casas y tender la mano para sus Religiosas? Paganos, cristianos, ricos y pobres, todos le entregaban su óbolo.

Con estas limosnas adquiriéndose los terrenos inmediatos á la primera morada, y pronto sale á flor de tierra un nuevo edificio. ¡Magnífico espectáculo el que á cielo y tierra ofrecían aquellas jóvenes vírgenes, novicias en tan duros trabajos, amasando con sus delicadas manos la argamasa! Tal era su tarea durante el día. Por la noche transportaban el

agua y los ladrillos para el día siguiente. El P. Li-geón les daba ejemplo de actividad sirviendo á los albañiles. Cuatro años se emplearon en la construcción del edificio.

Hermoso día fué aquel en que el venerable Arzobispo de Pondichery bendijo el nuevo convento, celebró con toda solemnidad la Misa pontifical, y dió por su mano á las vírgenes la Sagrada Comunión. ¡Sólo Vos, Dios mío, sabéis los himnos de acción de gracias que elevaron sus corazones!

Desde este momento las vocaciones fueron cada vez más numerosas, y llega por fin la hora en que las Religiosas pueden dirigirse á las comarcas del interior para trabajar en la conversión de los infieles. A fines de 1884 fúndase un convento en Chetput, capital del



TÚNEZ.—Joven berebere. (Pág. 86)

distrito del P. Darras. En 1887 el P. Priour obtiene el mismo favor para Attipakam.

Dos años más tarde falleció el P. Ligeón, quien desde el cielo parece velar por las Religiosas, de suerte que en breve se abre más espacioso campo al ardor de su celo.

En efecto: Tindhivanam y sus alrededores son teatro de numerosas conversiones. El P. Borey sucumbe á la fatiga, por ser de todo punto insuficiente para la cosecha de las almas. En tamaño apuro ruega á Nuestra Señora del Buen Socorro que le preste algunas de sus hijas, y María atiende á sus ruegos.

Un día llega á su noticia que la casa y el terreno contiguo á su capilla están en venta, y lo comunica al nuevo capellán, el P. Giraud, y al Arzobispo: se hace la adquisición, y un nuevo enjambre se desprende de la colmena madre y dirige gozoso su vuelo hacia Tindhivanam.

Hasta entonces los habitantes de esta ciudad consideraron siempre el Cristianismo como religión de parias; así que fué indecible su asombro al ver entre las Religiosas, jóvenes pertenecientes á las clases más superiores. Su cortesía, la gracia de su palabra, la modestia de sus miradas y su bondad les conquistaban en breve todos los corazones.

Empiezan las Religiosas por abrir una farmacia, y circula la noticia por toda la ciudad y sus alrededores; no cesando desde entonces de acudir madres paganas á presentarles sus hijos moribundos.

Merced á sus cuidados y oraciones, muchos de estos niños

recobran la salud, y para otros el convento es por el Bautismo la antecámara del cielo.

El nombre de las vírgenes se esparce como un perfume. Accediendo al deseo de los habitantes inauguran una escuela para niñas paganas de alta casta, y es tan grande su éxito que se ven en la necesidad de crear otra: la población pide establecimientos semejantes para niños bajo la dirección de misioneros y maestros cristianos.

¡Cómo han cambiado los tiempos! Dieciséis años atrás no había en Tindhivanam escuelas, ni capilla católica, ni sacerdote del verdadero Dios, y he aquí que hoy surgen por doquiera millares de niños y niñas cristianos que enarbolan muy alto la bandera de Nuestro Señor.

Sigamos á las Religiosas á un teatro más interesante todavía. Desde hace mucho tiempo la sed de la salvación de las almas las devora. ¡Cuántas veces, postradas al pie de los santos tabernáculos, suplicaban al Divino Esposo que las emplease en la conversión de los infieles! Cuando llegan á Tindhivanam ven al Padre rodeado de multitud de paganos ¡Qué alegría para su corazón de apóstol! Cada una reivindica para sí el honor de dar-

les instrucción religiosa, y á ello se dedican con ardor infatigable. Meses y meses enteros, á la escasa sombra de algunos árboles, dedicanse todo el día á enseñar á niños y mujeres las oraciones y el Catecismo.

Poco importa que lance el sol sus más ardientes rayos, y que el exceso de fatiga haga palidecer su semblante; sin vacilación alguna



Emmo. Cardenal HERIBERTO VAUGHAN. (Pág. 94)



TÚNEZ.—Encuentro de una caravana en el desierto. (Pág. 86)

permanecen firmes en su puesto. Escena edificante que nos revela cuánta energía, abnegación y amor divino atesora el corazón de una mujer cristiana.

A veces el misionero, á fin de darles algún descanso, dispone que las mujeres se unan á los hombres para oír las instrucciones del jefe de los catequistas. Mas las parias le dicen:

—Vuestro catequista mayor es un predicadorcillo al lado de nuestras queridas Hermanas. Cuando éstas nos hablan de la belleza y bondad de Dios, y de los consue-
los de la verdadera Religión, parécenos que bebemos miel. Dejadnos, dejadnos solas con ellas.

Incalculables son los servicios que prestan estas buenas Religiosas. Como catequistas tienen el don de formar las mujeres para la vida cristiana; y dedicándose á la medicina preparan las conquistas del porvenir, al mismo tiempo que pueblan el cielo de angelitos.

Sería, pues, de desear para la prosperidad de nuestras Misiones, que estas Religiosas, auxiliares indispensables del apostolado católico, fuesen cada vez más numerosas. ¡Cuántos misioneros reclaman su precioso concurso sin poder obtenerlo! ¿De qué procede esto? De que la Orden carece de recursos, y no puede recibir sino un reducido número de postulantes. Estos últimos meses se han rehusado las solicitudes de veinte que pedían disminución de la dote. Duro trance es éste; pero ¿qué hacer? Las Religiosas actuales carecen de lo suficiente para vivir. Con harta frecuencia al ponerse el sol, el P. Borey recibe del convento billetes concebidos en estos términos:

—Padre, hemos pasado el día con mucha escasez: por poco que pueda, tenga V. la bondad de mandar algo para esta noche.

A las almas llenas de amor de Dios y del prójimo que lean estas líneas les suplico hagan algún sacrificio para que la colmena cuya historia acabo de trazar pueda recibir nuevas abejas.

¡Cuántos corazones generosos habrán querido ser apóstoles, sin que les haya sido posible realizar su designio! Fácil les es suplirlo con limosnas que servirán para multiplicar las Religiosas de Nuestra Señora del Buen Socorro. La Reina del cielo les dirá: «¡Gracias!»

Por su parte las Hermanas rogarán por ellas, y por experiencia nos consta que Dios raras veces rehusa lo que le piden.

ÁFRICA ORIENTAL

La persecución en Uganda.

En el número de 15 de Enero publicamos la relación de los sucesos de Uganda, en los que desempeñó tan poco envidiable papel la Compañía Inglesa. El Ilmo. Hirth no tenía entonces noticia alguna de los sacerdotes prisioneros del capitán Lugard. Las cartas siguientes refieren lo que aconteció en Kampala después de la partida del rey Mwanga y del Obispo de Nyanza. Este Prelado el 14 de Febrero de 1892 escribía desde Bukoba, estación alemana, al Ilmo. Livinhac:

Con la presente envío á V. copia de las últimas cartas de mis compañeros prisioneros en Kampala, por la que verá V. cómo se nos trata á pesar de todos los tratados y Congresos.

El rey Muanga se refugió en Kiziba. Los oficiales

están exasperados porque no pudieron prenderle. Los católicos que sobreviven agrúpanse en Buddu y Kiziba. El ejército del rey legítimo reforma sus cuadros, y los catecúmenos asisten nuevamente á las instrucciones.

Los oficiales de la estación alemana nos han ofrecido generosa hospitalidad. Los once misioneros aquí reunidos hace tres días, se dispersarán mañana, y comenzarán la Misión en los alrededores.

Un correo nos anunció ayer el regreso de Emín-Bajá y del subteniente Stuhlmann. El primero no ha encontrado su marfil ni sus soldados sudaneses, alistados todos al servicio de la Compañía Inglesa, por cuya cuenta completan la devastación del país de Kabrega.

¡Ay! ¡qué civilización nos han traído estos señores!

Las dos cartas siguientes á que alude el Ilmo. Hirth, le fueron dirigidas por el Rdo. P. Guillermain, prisionero en el fuerte inglés de Kampala.

Kampala, 31 de Enero de 1892.

Los seis misioneros estamos con vida, pero prisioneros en Kampala. Los protestantes dispararon contra la multitud de mujeres y niños que se estrechaban al redor nuestro. Luego nos arrastraron en seguida, insultándonos, hasta la orilla, donde nos despojaron de cuanto teníamos, hasta de los sombreros. Su furor era extremado. Mwanika, jefe de tan triste expedición, pudo hacernos entrar en una barca, y llegamos hasta donde estaba el capitán Williams, quien nos declaró que éramos prisioneros. Nos dió por guardián á Pokino, jefe protestante, que quiso llevarnos á Kampala con sus hombres, á lo que nos opusimos obstinadamente, pues les habíamos oído decir que querían darnos muerte por el camino. Por fin con buena escolta se nos condujo al fuerte.

Han traído aquí á muchos de los nuestros. ¡Qué desgarrador es ver que los miran como viles esclavos! Se nos trata aquí como á la hez de los hombres, y somos objeto de ludibrio para los protestantes. ¡Qué ignominia para Francia, el que sacerdotes franceses estén prisioneros en un fuerte inglés, y afrentados como malhechores!

No sabemos aún los nombres de las numerosas víctimas de la matanza. El Sr. Williams se envanece de haber echado á pique con su cañón seis embarcaciones. La caza de mujeres y niños se ha hecho en la isla con increíble barbarie, al amparo del cañón Maxim, que vomitó millares de balas contra nuestros infelices católicos. La caza continúa hoy: la isla está cubierta de muertos y heridos. Más de un millar de mujeres y niños han sido reducidos á esclavitud por los protestantes. No tenemos protección de nadie, ni nos queda cosa alguna; sin embargo, permanecemos alegres, pues hemos sufrido y somos prisioneros por Jesucristo.

Kampala, 2 de Febrero de 1892.

Continuamos prisioneros. El capitán Williams ha dicho que nos enviará al Bukumbi ó á Mombas. Los protestantes ponen aquí en venta muchos libros y ornamentos, fruto del saqueo de nuestra casa. Sekibolo (jefe católico), con nuestros cristianos de Kyagwé, ha huído hacia Buddu, por el Norte. El capitán acaba de

enviar soldados para cortarle el paso, y ayudar á los protestantes á prenderle.

Hay aquí gran cantidad de municiones. Hemos visto cien cajas de mil cartuchos cada una. Williams nos ha dicho que quiere exterminar á los católicos, y está decidido á llevar á término su obra infame...

No nos faltan ocasiones de ejercitar la paciencia. Los negros protestantes nos insultan, los blancos nos menosprecian y nos dejan en el más completo abandono. El P. Moullec, á pesar de hallarse gravemente enfermo, no tiene por cama más que un zarzo de cañas con unos harapos de algodón para abrigarse. Nalinga (hermana de Mwanga y mujer de Gabriel) está prisionera é incomunicada en el fuerte.

Todos los misioneros ofrecen á V. sus respetuosos homenajes. El capitán Williams está siempre vomitando palabras mordaces y amenazadoras contra V. Hemos sido saqueados é indignamente vilipendiados á los ojos del capitán en pie, detrás de su cañón, como guerrero orgulloso de su victoria. ¡Y ciertamente podía estarlo; acababa de ametrallar á mujeres y niños!

En resumen, añade el Ilmo. Livinhac, las estaciones de los misioneros de Buganda, en número de seis, servidas por catorce Padres y tres Hermanos, han sido destruidas.

Cerca de cincuenta mil neófitos ó catecúmenos, diseminados en las provincias de Buganda, han sido despojados, y sus casas entregadas al incendio. Muchos miles de mujeres y niños se ven reducidos á esclavitud.

Unas treinta capillas, construidas en los principales centros cristianos, están reducidas á ceniza. La misma suerte ha tenido la de la capital, verdadero monumento en este país, que tenía sesenta metros de largo por veinticinco de ancho.

Unos doscientos jóvenes de ambos sexos que habíamos rescatado de la esclavitud han caído en poder de los protestantes.

Dos Religiosas (María Matilde y Donatila), que hacían oficios de madre con las jóvenes, fueron cogidas por los protestantes, temiéndose que hayan quitado la vida á la primera.

Después de la batalla, ó mejor dicho de la matanza de Bulingugwé, añade el Ilmo. Livinhac en carta posterior, los agentes de la Compañía Inglesa de Africa continuaron la guerra contra los jefes católicos de las provincias distantes, sin que mediase provocación por parte de éstos. Así atacaron á Sikibolo, jefe de Kya-gwé, que hacía un rodeo para salir de Buganda, y redujeron á esclavitud gran número de mujeres y niños que le seguían. No satisfechos aún, cometieron atrocidades de todo género en la isla de Sesé, donde teníamos cuatro mil catecúmenos. El P. Achte, que acababa de evangelizar esta isla, me escribe desde orillas de Kagera el 1.º de Marzo de 1892:

«El 19 de Febrero los protestantes, al mando de Mlondo y del capitán Williams, montado en su buque de acero, han abordado en la isla de Sesé con una ametralladora y tropa nubiana, llevándolo todo á sangre y

fuego. A Anastasia, esposa de Hilario, *porque rehusaba seguir á los protestantes que querían hacerla esclava, estos tolerantes le cortaron la cabeza*. Pudiera referir hechos que igualan en ferocidad á lo que se cuenta de más odioso de los árabes esclavistas, y esto llevado á cabo por los protestantes con el concurso de los agentes ingleses de Kampala, contra mujeres y niños bautizados. Ciertamente que si en los partes oficiales los jefes dijese toda la verdad, el Gobierno inglés les condenaría á la degradación. Oficiales de una nación civilizada y jefes de bandidos son palabras que braman de verse juntas.»

Después de dos meses y medio de turbulencias, escribe el Ilmo. Hirt desde Kiziba el 25 de Abril de 1892, se ha encontrado en fin para Uganda un nuevo *modus vivendi*, ó más bien dicho un verdadero *modus moriendi*. Las condiciones que los oficiales ingleses, ó lo que es más justo, los bagandas protestantes han impuesto, muestran suficientemente la idea que ha predominado en esta guerra de exterminio.

He aquí algunas de estas condiciones:

El país queda dividido en tres partes. Los protestantes, inferiores en número á los católicos, retienen una que iguala las cuatro séptimas de Uganda, comprendiendo las islas del Nyanza: los bagandas musulmanes han sido llamados de Unyoro, y ocuparán dos séptimas partes del país; queda á los católicos sólo una séptima parte.

El partido pagano, compuesto de todos los que no quieren religión alguna, se ha sobrepuesto, y cuenta muchos adictos: los musulmanes impondrán la circuncisión en su territorio.

Al rey Mwanga se le ha declarado inglés, lo que aquí quiere decir protestante. Los católicos que restan en las provincias son perseguidos é incitados á la apostasía.

Mi pluma se resiste á referir todas las iniquidades cometidas contra nosotros. Concluiré, pues, manifestando mis temores de que el brutal triunfo que acaba de obtener la impiedad, cómplice de la herejía, tendrá tristes consecuencias para nuestras infelices regiones del Ecuador, y aún, en un porvenir más ó menos próximo, para todo el resto del Africa pagana.

Se han dado armas perfeccionadas á negros paganos que, en la embriaguez de su triunfo, serán pronto un peligro para todos los Estados limítrofes. Los oficiales que les han armado son impotentes ahora para contenerles.

El Residente inglés teme ya con razón las exigencias del partido que le debe toda su fuerza.

Impedir ahora á los musulmanes la caza de esclavos, su grande fuente de riqueza, es imposible, y así tomará incremento la trata. Desde luego á estos musulmanes serán vendidos los millares de mujeres y niños arrebatados á los católicos. El jefe de la estación alemana de Bukoba en el Kiziba me ha enviado esta semana un centenar de estos infelices esclavos que ha podido libertar. El gozo que he experimentado al poder restituirlos á sus familias, me hace deplorar más y más la

muerte espiritual y temporal de tantos otros que no volverán á ver sacerdote ni patria.

El Mahometismo, en el régimen actual, parece ha venido á ser la religión del Estado. Los oficiales del fuerte alientan todo lo posible las ceremonias religiosas musulmanas; el jefe de la oración es uno de sus somalis pagado por la Compañía; la circuncisión da lugar á regocijos solemnes, y el llamamiento á la oración, lo mismo que los cánticos, se hacen como en las mezquitas. Todo esto es nuevo en Uganda, y de importación inglesa.

En el tratado que se nos ha impuesto hácense promesas de «libertad para todas las religiones,» cuando en la hora presente no hay país en el mundo donde,

A la vista de tantos millares de catecúmenos privados del bautismo, y de tantos millones de negros irremediamente condenados á ser educados en la herejía, mi dolor no tiene límites, y como Raquel estoy inconsolable por la pérdida de mis hijos.

Vivo aquí tan lejos de Europa que no puedo estar al corriente de las ideas del día: pero me atrevo á suplicar que se haga un llamamiento á los sentimientos de justicia y de equidad de la Reina de Inglaterra. Residentes menos hostiles pudieran reparar un poco el inmenso desastre que sufren aquí la Santa Iglesia y la civilización, si llegan á tiempo.

Por desconsolador que sea el cuadro que me he creído obligado á poner ante vuestros ojos, puedo afirmar que es muy inferior á la realidad.



COSTA DE BENIN (África Occidental).—Alto y comida de la caravana. (Pág. 87)

con menosprecio de tratados y Congresos, la verdad sea tan perseguida. Es imposible formarse en Europa idea exacta del terrible drama que se realiza á nuestros ojos. Hay que remontarse al principio del Protestantismo, ó aun á los iconoclastas, para encontrar en hombres que pretenden pasar por ser religiosos, semejante odio contra nuestra santa fe.

Anúnciase que viene de Europa un poderoso refuerzo de ministros protestantes: si encienden en el resto de Africa el mismo fuego que en Uganda, está perdida la verdadera civilización. Los bagandas nos demuestran lo que la audacia puesta al servicio del error puede hacer en este país. El ejemplo será seguido. ¿Quién puede oponerse?

DE CARTAGO AL SAHARA

POR EL RDO. P. BAURÓN, MISIONERO APOSTÓLICO

VI

Zaghuán.—Las fuentes.—El templo.—La montaña.—Las ruinas de Botria.—Encantos del desierto para el árabe.—Las mujeres de Tokruna con marcas picadas.—El terreno del Enfida.—Enfidavilla.—Mala voluntad de los árabes.

ZAGHUÁN, según Tissot, es la antigua Onellana. Esta ciudad, adosada á la gigantesca montaña de su nombre, y regada por innumerables fuentes que allí brotan y mantienen la exuberante vegetación de sus verjeles, es un verdadero oasis en medio de las yermas soledades que la rodean. Las ventajas de su posición

hicieron que desde su origen fuese centro de población de suma importancia. Tres inscripciones halladas en su suelo demuestran que fué antiguamente municipio.

Hasta hace poco tiempo los habitantes se dedicaban á teñir de escarlata magníficas *chechias*, tan apreciadas en la Regencia de Túnez. Mas habiéndose dedicado los alemanes á esta industria, los indígenas, que emplean los procedimientos antiguos, no han podido sostener la competencia.

Lo que nunca, empero, podrá arrebatárseles, lo que da á Zaghuan la celebridad de que goza, son las fuentes, el acueducto y el templo de la Ninfa. Este monumento dista de la población dos kilómetros, y lo he visitado dos veces, con placer siempre creciente, á la puesta del sol y á la primera luz del alba.

dad; el templo de Astarté, de la diosa que preside la lluvia, y también uno de los más bellos monumentos del Africa Septentrional. (Véase el grabado de la página 77). Tiene la forma de un hemicíclo prolongado. La plaza que precede á su entrada, domina el cauce donde las aguas de la fuente caen formando cascada antes de su absorción en el canal. En el centro de la curva hállase formada de cal y canto una *cella*, todavía intacta, que contenía la estatua de la deidad, y que más tarde la ocupó un altar cuando el templo fué transformado en basilica. Las veintiséis columnas corintias que formaban una galería de cinco metros de elevación, sostienen hoy las bóvedas de la mezquita. Mas los zócalos son aparentes, lo mismo que el arranque de los arcos, apoyados en el muro.



Mujer de Porto-Novo
Joven de Aitedju

Joven de Taketé
Joven de Ketu

COSTA DE BENÍN (África Occidental).—Tipos diversos. (Pág. 89)

El camino serpentea entre prados, bosquecillos y jardines. A medida que vamos subiendo, más espléndido y magnífico es el espectáculo. El sol inunda con torrentes de luz la llanura que hemos recorrido. Las partes cenagosas, con su polvo salino, reflejan como láminas de plata, mientras que á lo lejos las colinas se nos aparecen con un tinte lila de efecto mágico. Claras linfas con suave murmullo corren en abundancia, esparciendo por do quiera frescor y vida. Unicamente, como para formar contraste, levántase la montaña árida y enhiesta en su solitaria majestad.

En la parte inferior de una hendidura casi perpendicular, que divide el Djebel, advierto una construcción vastísima. Es el Nymphœum, tan célebre en la antigüe-

Las galerías, de tres metros cincuenta y siete centímetros de anchura, tenían el pavimento de mosaico y coronábanlas veinticuatro cúpulas. Un arquitrabe esculpido, de treinta centímetros de ancho, unía las columnas.

Grupos de cipreses, naranjos, álamos y plátanos forman al rededor del edificio una especie de bosque sagrado, cuyo frescor y apacible sombra contrastan con la aspereza de las rocas é inspiran recogimiento.

La montaña de Zaghuan es la más notable de Túnez, y se divisa de ochenta kilómetros á la redonda. Abunda no sólo en fecundantes manantiales, sino también en minas de plomo y cinc, apenas explotadas á causa de la dificultad de los transportes. Incontestablemente Za-

ghuán atraerá con preferencia á los colonos, quienes encontrarán en ella bienestar y fortuna.

Al dar cuenta de un viaje por Túnez apenas puede dejarse el estilo descriptivo, pues las escenas de la naturaleza interesan de tal suerte, que pasan desapercibidas las obras del hombre. Franqueemos, pues, rápidamente los cuarenta y cinco kilómetros que nos separan de Dar-le-Bey, conocida hoy por Enfidavilla.

El moderno camino-carretera sigue el trazado de la vía romana de Zaghuan á Adrumeta, como se reconoce aún á trechos por importantes vestigios. Además, numerosas ruínas indican el emplazamiento de las ciudades y municipios intermedios.

Al pie del Djebel-Zeriba, en un sitio encantador yacen los escombros de Botria, que fué sede episcopal. Entre los materiales que salen á flor de tierra, se distingue un castro, un mausoleo y dos cisternas.

El paisaje es risueño. Las ondulaciones del terreno proporcionan agradables sorpresas al viajero, y algunos montecillos, de origen volcánico, cortan de un modo pintoresco la línea del horizonte. La tierra no está desnuda, antes bien tapizada de hierbas ó cubierta de malezas.

Encuéntrense pocas caravanas, con sus dromedarios cargados de dátiles. (*V. el grabado de la pág. 81*). Estos animales se adelantan grasientos, andando lentamente por el polvo. A veces se detienen, y miran con altivez y desdén al transeúnte. El conductor, corriendo de uno á otro con su acostumbrado grito: ¡*Arrah!* ¡*arraah!* pasea el látigo por sus callosas rodillas, sin que por eso logre se apresuren.

De pronto el árabe cree percibir perdices en la espesura: apunta en seguida su *mukhala* (fusil), y sabrosas piezas son el premio de su certera puntería. Por la noche, al borde del *bir* (pozo), mientras escuche las proezas y aventuras de Antar, el héroe por excelencia de las leyendas musulmanas, asará sobre la brasa ó guisará en la ceniza, envuelto en papel aceitado, el producto de su caza.

Esta vida de movimiento, de sorpresas, de negligencia, de privaciones, de gozos vivísimos, de abandono absoluto á la voluntad de Alá, dueño del destino, tiene tales encantos, que el nómada no la trocaría por todo el lujo y comodidades de nuestra civilización.

A una revuelta del camino vemos de súbito el hermoso pueblo de Takruna, colgado como nido de águilas en un peñón de doscientos metros, inaccesible para los caballos. Habitan sus casitas blancas, bereberes que se dedican á la agricultura y á la fabricación de cuerdas, cestos, esteras y tapices de alfa. Un pozo antiguo al pie del peñasco y junto al camino, se ve frecuentado por multitud de mujeres que van á buscar agua en cántaros que llevan sobre el hombro, ó conducen jumentos cargados de odres. Todas tienen picado en la barba una especie de tridente. Es la marca de la tribu. La mayor parte ostentan una cruz en la frente, y otras, en menor número, señales distintas. Una joven de Zeriba, recién casada, y alhajada con collares, brazaletes y otros dijes, es objeto de la admiración de sus compañeras. Va á buscar agua con un jarro de fantasía. Vense dibujadas palomas en su frente, nariz y mejillas. Al aproximarnos se cubre con el velo, y da un rodeo con sus

amigas para cedernos el paso. (*V. el grabado de la pág. 80*).

Caminamos por terrenos del Enfida. Este territorio es una elocuente demostración de lo que puede el trabajo, dirigido por la inteligencia y sostenido por numerosos capitales. Su extensión pasa de ciento veinte mil hectáreas, y comprende la parte más rica de la Bizancena, llamada por los antiguos granero de Roma.

Vendida en 1879 por el general Kheredine á la Sociedad Marsellesa, transformada luego en Sociedad Franco-Africana, el Enfida fué durante muchos meses objeto de negociaciones diplomáticas que entibiaron las relaciones entre Francia é Inglaterra, y contribuyeron á que se emprendiera la campaña de Túnez y se estableciese el protectorado francés.

Esta propiedad formaba en otro tiempo el centro de una de las más ricas colonias de la antigua Roma, y bajo la dominación de los árabes se había convertido en inmenso desierto lleno de lentiscos y azufafos silvestres. Únicamente algunas parcelas, mal cultivadas por los indígenas, producían en años benignos pingües cosechas. Innumerables ruínas romanas, que se encuentran á cada paso; los vestigios de diecisiete ciudades importantes, de muchas fortalezas, cortijos, sepulcros, cisternas, termas y templos; la basilica bizantina de Sedjermes, el arco de triunfo de Afrodísio y las curiosas inscripciones de Uppena, dan fe de la antigua prosperidad del suelo, y revelan la historia gloriosa del pasado. Podíase ir desde la ciudad de Adrumeta (Susa) á Cartago, á la sombra de las quintas y de los jardines.

Después de los romanos vinieron los vándalos, los bizantinos, y por último los árabes, que todo lo destruyeron. Prendieron fuego á los bosques, arrasaron los edificios, y obligaron á las poblaciones bereberes católicas, únicos descendientes de las razas autóctonas, á abrazar el Islamismo.

La naturaleza trata de cubrir su desnudez con malezas, lentiscos, tuyas, robles, romeros y laureles, á los cuales mezcla algarrobos, olivos y otras plantas. Pero las cabras y la rapacidad de los indígenas, que entregan á las llamas los bosques, tanto para hacer carbón como por satisfacer el instinto de destrucción que los distingue, perpetúan la esterilidad y la soledad del desierto.

Hoy atravesamos trescientas hectáreas de viña, llanuras cubiertas de olivos nacientes, campos de trigo y jardines rodeados de una valla de cactus. Arboledas de eucaliptus y álamos, buenos caminos y una ciudad perfectamente ordenada indican el centro de la colonia. El pabellón francés flota en las oficinas de la agencia. Una noria que distribuye agua sana y abundante, una estación postal y telegráfica, numerosas casas, una escuela, una casa parroquial y una iglesia, hacen de esta población la capital importante de un pequeño reino.

Cuando llegamos nosotros, millares de árabes y malteses, de camellos, asnos, mulos, caballos, bueyes, carneros, cabras, y, cosa rara en país musulmán, también cerdos, halláanse acampados en la plaza y á lo largo de las calles para el mercado del día siguiente.

El personal de la explotación está en movimiento, pues varios ginetes han anunciado la aproximación de la langosta. En breves horas se han distribuido sacos

de azufre en las viñas, y quinientos árabes, mecha en mano, aguardan la señal para inflamarlos y rechazar al enemigo. Un viento fuerte ha lanzado hacia el mar la amenazadora columna. No obstante, el ataque sólo queda diferido por algunos días.

Una capillita hace las veces de iglesia parroquial, y en ella un capellán, que mantiene allí la Sociedad, llena las funciones de párroco.

El director del personal y el administrador nos reciben cortésmente. Visitamos los almacenes, que son vastísimos: la bodega puede contener veinte mil hectolitros, y no es aun suficiente. Planos inclinados permiten á los carros, en la época de la vendimia, subir los racimos hasta el primer piso, desde donde son echados por las compuertas á los lagares.

Lo que más entorpece el desarrollo de la agricultura, del comercio y de la industria, es lo caro de los transportes, que se hacen á lomo de camello y con carritos malteses de dos ruedas. Unicamente los ferrocarriles proporcionarán á esta comarca toda la prosperidad de que es susceptible.

Otro obstáculo para el progreso de la agricultura es la ley musulmana que rige la propiedad, como lo prueban las interminables dificultades que precedieron, acompañaron y siguieron la adquisición del territorio del Enfida.

Es sumamente difícil, y aun á veces imposible, adquirir la menor parcela de terreno en estas vastísimas regiones que apenas tienen habitantes. El suelo pertenece á las tribus, y casi nunca se sabe cuántos son los legítimos propietarios. Así es que comprar, es exponerse á multitud de reclamaciones de parte de gentes desconocidas, que vienen, después del primer vendedor, á pedir su parte de precio convenido y saldado ya. Esto sin contar las cofradías y órdenes religiosas musulmanas, cuyas posesiones, llamadas *habbus*, son muy extensas é inalienables.

En Feriana un francés me declaró que, residiendo allí desde hace ocho años con intento de comprar una hacienda, no ha podido adquirir aún una sola mojada de tierra. A las dificultades legales hay que añadir la mala voluntad de los árabes. Nos tratan como dueños y nos besan la mano, pero en el fondo esperan y desean la marcha de los Rumis, y se oponen disimuladamente, con todas sus fuerzas, á que se fijen en su territorio. A esto se debe que, en el Sur principalmente, arranquen y mutilen los mojones, cieguen los pozos ó echen, como he visto en Bir-Amdu, animales muertos en los manantiales: niéganse á vender al viajero un vaso de leche, y aléjanse de él, cuando pide indicaciones sobre la ruta, si no le protege el prestigio de la autoridad militar.

Si no arrancan los postes telegráficos débese á que muchos indígenas, culpables de este delito, han sido severamente castigados. Para aumentar el efecto del escarmiento se ha sacado partido de sus tendencias supersticiosas y su inclinación á creer que los europeos tienen comercio con los *djinnns* (genios).

Tan pronto se tenía noticia de uno de estos actos de vandalismo, al ser habido el culpable los oficiales le hacían conducir á la estación telegráfica.

—¿Por qué, le decían, has querido derribar el poste ó el hilo del telégrafo?

—¡Yo no lo he cortado!

—¡Cómo no lo has cortado! Pues el hilo ha transmitido tu nombre, tu marca, los nombres de tu familia y de tu tribu, y la hora de tu delito.

Al mismo tiempo mostrábanle la tira azul reveladora. La lección ha producido efecto.

Ningún árabe se atreve ya á tocar los postes del telégrafo. Teme los ojos del genio que circula invisible por los hilos de cobre, y que aun de noche reconoce el rostro del delincuente, y sin el menor ruido transmite á la oficina en el papel azul su nombre y fisonomía, y la marca de su tribu.

DE PORTO-NOVO Á OYO

(Febrero-Marzo 1891)

MEMORIA DEL RDO. P. PIED, DE LAS MISIONES AFRICANAS DE LYÓN

III.

EL jefe de la población del reino de Ketu, donde hacemos alto, merced al lari que me acompaña nos dispensa cordial acogida, y viéndonos rendidos de fatiga, de sed y de hambre, nos presenta un cesto de batatas que devoramos con avidez, y algunas calabazas de agua tibia, que saboreamos con delicia. (*Véase el grabado de la pág. 84*). El jefe me da un ánade y otros viveres, y por mi parte le regalo unos calzones, dos brazaletes y un cuchillo.

Por la noche mis bagajeros celebran un festín haciendo un atracón de plátanos. Mientras que la yuca y el maíz abundan en los alrededores de Porto-Novu, el plátano es allí muy raro y relativamente caro. En el reino de Ketu, al contrario; el plátano parece ser la base de la nutrición. Lo comen estofado ó asado, ó mejor aún en pasta. Al efecto, después de guisarlo en dos vasijas de tierra sobrepuestas, lo machacan en un tronco de árbol vaciado en forma de mortero, por medio de un majadero de madera de metro y medio de longitud, con el cual se revuelve la pasta activamente, para impedir se pegue á las paredes del almirez. Al cabo de media hora se obtiene una pasta compacta, tibia aún, cuyo gusto recuerda á la vez la patata y la castaña. Los convidados, de cuclillas alrededor de un plato de plátanos y de una salsa formada con *calulu*, aceite de palma y pimienta, meten por turno los cinco dedos en la pasta, de la que toman una parte, y forman con ella una bola, que van comiendo después de mojarla en la salsa.

El martes, 24, partimos á las seis. Después de cruzar el río Ihanyi, llegamos á una meseta, desde la cual vemos á lo lejos, en la dirección E. E. N., colinas que forman probablemente la línea divisoria de las aguas entre las cuencas del Addo y del Ogún.

En el kilómetro séptimo pasamos el Iddi, río de diez metros de ancho, sobre el que hay tendido, á la altura de dos metros, un sencillo puente de ramas de árboles. Es el primero de este género que veo en la costa. Los

caminos son aquí peores si cabe que los seguidos anteriormente, de suerte que el estado de mis pies no puede ser más lastimoso. Por fin, al salir de un bosque alegran nuestra vista varios cultivos y encontramos sendas algo frecuentadas, hasta llegar á Irundji, lugar de refugio del rey de Ketu, en donde se nos recibe con entusiasmo. Mis guías se encuentran ya entre los suyos, y no caben en sí de gozo. El lari me lleva á su casa, á donde viene á vernos la población entera.

Mi alojamiento se compone de un cobertizo y un aposento, donde podré rezar el Oficio, libre de miradas indiscretas.

A pocos pasos hay la choza en la que el rey concede audiencia. El lari va á presentarle sus homenajes, y en breve me traen un magnífico *calulu* lleno de acassas.

A las cuatro voy á visitar al soberano. La sala rebose de gente. Todos los jefes están reunidos, y rodeados de gran número de curiosos. Con dificultad puedo

fueron cobardemente asesinados. Todos los habitantes que no pudieron huir perecieron ó quedaron prisioneros, y la ciudad fué arrasada.

Meko, otro centro importante, que no contaba menos de ciento veinte mil almas, fué destruido en 1875; y la parte de población que logró evitar la muerte ó el cautiverio, dispersóse por las haciendas de los alrededores, ó las ciudades de Porto-Novo, de Lagos y del reino de Oyo, sin que nunca más haya vuelto á reunirse.

En toda la extensión del territorio de Ketu ya no queda una sola ciudad de alguna importancia; encuéntranse tan sólo aldeas de miserable aspecto y contando apenas algunos centenares de habitantes.

Fehetona, hijo de Adebía, que era hermano de Achibata-Moruké, refugióse con reducido número de servidores fieles cerca de Igurah, y fundó el pueblo de Irundji, donde habita ocho años ha.

Exhorté á Fehetona á tener confianza en que se res-



COSTA DE BENÍN (África Occidental).— El lari postrándose ante la estatuita que retiene el collar. (Pág. 90)

conocer al rey, pues no ostenta insignia alguna: la única cosa que le distingue de la multitud es el paño azul que le cubre los hombros, y que los jefes llevan ceñido á la cintura.

Fehetona tiene unos cuarenta años, y es de rostro simpático. Me recibió con mucha afabilidad, y hechos los saludos de costumbre, la conversación recayó naturalmente sobre el Dahomey, la pesadilla del país.

Refirióme que Ketu, su capital, ciudad de cuarenta mil almas, fué sitiada por los dahomeyanos, aunque inútilmente, en 1880. Tres años más tarde sostuvo un nuevo sitio de tres meses. Agotadas las provisiones y apremiado por el hambre, el rey, que lo era á la sazón Achibata-Moruke, tío de Fehetona, salió de la ciudad con seis de los principales jefes, y presentóse á Gleglé, rey de Dahomey, para implorar misericordia.

Recibieronlos con mucha solemnidad, y aun se organizaron en su honor espléndidos festejos. Pero de súbito, en medio de los regocijos, á una señal de Gleglé

tablecería la paz á la sombra de la cruz del Salvador, y le di á entender que tan pronto se reinstalase en su capital, los Padres fundarian en ella una Misión como en Porto-Novo, Lagos, Abeokuta y Oyo, para mostrar á su pueblo el camino del cielo, cuidar á sus enfermos, instruir á sus niños, y enseñar á todos á amarse mutuamente...

El pobre rey no sabía como manifestarme su gratitud; y los jefes que le rodeaban, llenos de alegría, levantaban ojos y manos al cielo, exclamando con acento de profundo consuelo y viva esperanza:

—¡Quiera Dios que así sea!...

Regalé al rey un puñal montado en níquel, con bonita vaina de cuero verde.

Por la tarde vino á verme como un simple mortal, sin séquito alguno. Ofrecíle asiento en una de mis camas, y hablóme nuevamente de asuntos de su país.

Raro es encontrar en Africa dos reinos vecinos que estén en cordiales relaciones. Allí donde es desconocida

la caridad cristiana, tan sólo imperan el egoísmo, el interés y la pasión.

Fehetona tiene motivos de queja contra los egbas. Las haciendas de los alrededores de Abeokuta con dificultad pueden subvenir á las necesidades de la población: los víveres son relativamente escasos y caros: por otra parte, en centros de población tan considerable nunca faltan holgazanes; allí, como en todas partes, abundan los que quieren vivir sin trabajar. No es maravilla, por lo tanto, que sean frecuentes las visitas de los merodeadores á las poblaciones limítrofes; y cuando se reúnen en bandas de cincuenta ó sesenta hombres, con poco trabajo y menos escrúpulo se apoderan de cuanto les viene á mano, pues saben que cualquier robo cometido en el extranjero queda impune, mientras que si se hacen culpables de él en su propio país lo pagan con la cabeza.

El año último hicieron prisioneros á siete hombres de Ketu, quienes á pesar de las reclamaciones de Fehetona continúan presos ó han sido vendidos como esclavos.

Los jefes de Abeokuta han invitado repetidas veces á los habitantes de Ketu á que se establezcan en su ciudad: pero éstos prefieren su independencia, tanto más cuanto que, hallándose dispersos, tienen menos que temer de Dahomey, y encuentran en su país todo lo necesario para la subsistencia.

En el pueblo de Irundji hay gran variedad de plantaciones: algodón, maíz, yuca, etc. Los habitantes distan mucho de vivir en la miseria, pues los comestibles son abundantes y variados, y el algodón, cultivado en grande escala, les permite tejer telas muy superiores en calidad á todos los tejidos que el comercio europeo envía á la costa. Generalmente las tinen de azul, con el índigo que abunda en esta región: batiéndolos con palos redondos les dan cierto lustre que las asemeja al paño. Los hombres se cubren con holgadas enaguillas, y las mujeres se envuelven con tres ó cuatro lienzos.

A medida que adelanto hacia el interior, observo que es mayor la afición de los indígenas á los adornos. En Porto-Novo las mujeres se contentan con horadarse

el lóbulo de las orejas, y después de ensanchar poco á poco el orificio, introducen en él unas redondelas de madera roja, del tamaño de una moneda de dos pesetas.

En Taketé las jóvenes horádanse además el labio inferior, en el que introducen una varilla de coral ó de vidrio azul ó blanco.

En Aitedju á este doble adorno añaden un tercero, perforándose la nariz izquierda para fijar en ella otro palillo.

Finalmente, en Ketu encuentro en uso un tercer bastoncillo, que introducen en la parte superior de la oreja izquierda. (*Véanse los tipos de la pág. 85*).

No sé hasta dónde llega la gradación: es de creer que internándose en el reino del Norte encontraré coquetterías de nuevo género. ¡Pobres hijas de Eva!... Imagínense con esto llamar la atención y agradar, cuando lo único que consiguen es desfigurarse horrorosamente.

Los jóvenes de ambos sexos ostentan largos collares de perlas rojas, azules y blancas.

Generalmente los negros son alegres y negligentes: reúnen con frecuencia en las plazas públicas ó en los patios interiores para cantar y bailar: están de continua fiesta. Los de aquí no son por cierto una excepción de la regla. Cuando llegué á Irundji, en una casa cercana á la mía se oían cantos rítmicos y palmadas cadenciosas, acompañados del ruido del tambor, en celebración de unos funerales. La serenata continuó toda la tarde y noche siguiente. Las vibraciones trémulas y amortiguadas

que á diversos intervalos sucedían á los acentos casi entusiastas de la víspera, me hicieron concebir la esperanza que no sólo el cansancio y el sueño, sino también las repetidas libaciones de aguardiente, con profusión distribuidas á cantores y cantoras, iban á poner fin á la fiesta; pero no fué así, y hasta la mañana no pude conciliar el sueño.

Atodju, el lari de Ketu, que me acompañaba desde Porto-Novo, se ponía, cada vez que emprendíamos la marcha, una especie de bandolera compuesta de media docena de sartas de cauris blancos, reunidas debajo del



JAFNA (Ceylón).—Casa de un misionero, en Kottiar. (Pág. 94)

brazo por una grosera estatuíta de marfil. Parecía muy satisfecho con ella, y la tenía en mucha veneración. Las viejas que se postraban ante él para hacerle el saludo debido á su rango como representante del rey, no descuidaban nunca pasar las manos ó apoyar la frente en dicha bandolera, como si se desprendiese de ella maravillosa virtud. Cuando nos deteníamos en un pueblo, el lari lo colocaba respetuosamente en el lugar más limpio y decente de la choza.

Sería por lo visto un fetique protector de los viajeros; pues al día siguiente de nuestra llegada á Irundji, después de haber colocado la bandolera en la pared del cobertizo, cuidando de extenderla bien y de que la estatuíta estuviese muy visible, depositó ante ella un gallo sujeto por las patas, postróse repetidas veces hasta tocar con la frente el suelo, besó la tierra, levantó las manos hacia ella, ofreció el gallo y dijo algunas preces. Luego sacrificó la víctima, salpicando con su sangre el fetique; arrancó algunas plumas, que pegó al mismo con sangre cuajada; hizo fervorosas protestas; besó de nuevo la tierra, y murmuró nuevas súplicas. (*Véase el grabado de la pág. 88*).

Terminado el sacrificio, sentóse en el suelo, con el gallo entre piernas, y me miró con aire satisfecho. Sonreíme, y él hizo lo propio, diciéndome que acababa de manifestar su gratitud al fetique por la protección que le había dispensado durante el viaje.

Hícele observar que no era al fetique sino á Dios á quien debía dar gracias; á lo que me contestó que no sabía otra manera de manifestar su gratitud y de hacerse digno de protección para otra vez; sencillez de la que se aprovecha el demonio para mantener á esos infelices en sus prácticas supersticiosas, y de las que no podrán verse libres sin especial gracia del cielo. Quiera Dios tener piedad de este pobre hombre, que tantas atenciones tuvo conmigo. No cabe duda que se le alcanza la diferencia que hay entre la vida y las obras del misionero y las de los otros blancos.

En la tarde del mismo día di un paseo por los alrededores del pueblo. Al Este de Igura corre el río Iyerva, de veinte metros de ancho, cruzado por el camino de Ketu á Abeokuta. Un poco más abajo reúnese al Iddi para formar el Apakó, afluente del Agileté ó Addo.

A un kilómetro al N. N. O. de Irundji encuéntrase el pueblo de Iggan, cuyas casas, más espaciales y mejor construídas que las de Irundji, revelan su mayor antigüedad y la paz de que goza. El jefe es un negro de unos sesenta años, alto, recto, bien formado, franco é intrépido: no conoce rival en la caza, y goza de merecida fama en todo el reino por su destreza y bravura. Me hizo varios regalos.

Quería yo partir el jueves, ó lo más tarde el viernes 27, pero me fué imposible. Con uno ú otro pretexto el rey quiso retenerme; y como no podía aventurarme sin guía, y por otra parte Fehetona subvenía con largueza á la alimentación de mi gente, no pude excusarme de acceder á sus deseos. Díjome que me recomendaría á los mensajeros que le había enviado quince días antes el rey de Oyo, á quienes añadiría su lari y un hombre de toda confianza. La caravana, pues, debía componerse, con mis bagajeros, de diecisiete hombres, armados unos con fusiles y otros con flechas envenena-

das; pero todos temblaban de miedo á la sola idea de encontrar dahomeyanos.

El viernes por la tarde fui á dar gracias al rey por la cordial acogida que me había dispensado, y al despedirme nos dimos cita para su antigua capital de Ketu.

En algún periódico hallamos el catálogo de los reverendos Padres que formaron la última Congregación General de la Compañía de Jesús, reunida en Loyola el 24 de Septiembre último y en que se hizo la elección del muy Rdo. P. Martín para el cargo de Prepósito General de la misma. Es documento histórico, que creemos digno de figurar en nuestro Boletín y que conservarán con gusto nuestros lectores.

Dice así:

CONGREGACIÓN GENERAL XXIV,
DEL RESTABLECIMIENTO DE LA COMPAÑÍA, IV.

Rdo. P. Luís Martín, vicario general.

Asistentes y provinciales.

- P. Mateo Ciravegna, asistente de Italia.
- P. Francisco Grandidier, asistente de Francia.
- P. Juan José de la Torre, asistente de España.
- P. Roberto Whitty, asistente de Inglaterra.
- P. Carlos Gallucci, provincial de Nápoles.
- P. Miguel Mycielski, provincial de Galitzia.
- P. Santiago Rathgeb, provincial de Alemania.
- P. Alberto Amico, provincial de Sicilia.
- P. Gaspar Hœvel, asistente de Alemania.
- P. Pedro Roulleau, provincial de Lyon.
- P. José Ehrmann, provincial de Champagne.
- P. Manuel de Caro, provincial de Roma.
- P. Joaquín Campo Sancto, provincial de Portugal.
- P. Otmar Seywald, provincial de Austria.
- P. Juan Clayton, provincial de Inglaterra.
- P. Enrique v. d. Boogaard, provincial de Holanda.
- P. Matias Abad, provincial de Castilla.
- P. Timoteo Kenny, provincial de Irlanda.
- P. Juan Granero, provincial de Toledo.
- P. Arturo Calvet, provincial de Toulouse.
- P. Leopoldo Delvaux, provincial de Bélgica.
- P. Gedeo Labrosse, provincial de Francia.
- P. Tomás Campbell, provincial de Maryland.
- P. Juan P. Frieden, provincial de Missouri.
- P. Fortunato Giudice, provincial de Turin.
- P. Santiago Vigo, provincial de Aragón.
- P. Luís Cattaneo, provincial de Venecia.

Electores.

- P. Eugenio Labarta, de Toledo.
- P. Francisco Wernz, substituto de Alemania.
- P. Enrique Dumas, de Lyon.
- P. Pedro Gallwey, de Inglaterra.
- P. Torcuato Armellini, de Roma.
- P. Brocardo Villiger, de Maryland.
- P. Gaspar Szczepkowski, de Galitzia.
- P. Ambrosio Matignón, de Francia.
- P. Fernando Canger, de Nápoles.

P. Roberto Carberry, substituto de Irlanda.
 P. Clemente Wilde, de Holanda.
 P. Jorge Cannata, de Sicilia.
 P. José Janssens, de Bélgica.
 P. Ambrosio Monnot, de Lyon.
 P. Sebastián Sanguineti, de Turin.
 P. Adriano van Gestel, de Holanda.
 P. Mauricio Meschler, de Alemania.
 P. Guillermo Blanchard, de Toulouse.
 P. Patricio Healy, de Maryland.
 P. Santiago Jones, de Inglaterra.
 P. Francisco Salis Seewis, de Venecia.
 P. Guillermo Delany, de Irlanda.
 P. Eugenio Peultier, de Champagne.
 P. Manuel Mourier, de Francia.
 P. Eduardo A. Higgins, de Missouri.
 P. Juan N. Mayr, de Austria.
 P. Cayetano Filiti, de Sicilia.
 P. Antonio Rota, de Aragón.
 P. Enrique Jackowski, de Galitzia.
 P. Genaro Bucceroni, de Nápoles.
 P. Rodolfo J. Meyer, de Missouri.
 P. Francisco Javier Schwaerzler, de Austria.
 P. Joaquín Vionis, de Venecia.
 P. Rodolfo de Scoraille, de Toulouse.
 P. Juan Urráburu, de Castilla.
 P. José M. Vélez, de Toledo.
 P. Juan Ricart, de Aragón.
 P. Alfredo de Geyer, de Champagne.
 P. José van Reeth, de Bélgica.
 P. Francisco S. Muruzábal, de Castilla.
 P. Rogerio Freddi, de Roma.
 P. Antonio Cordeiro, de Portugal.
 P. José da Cruz, de Portugal.
 P. Santiago Razzini, de Turin.

Después de la elección.

P. Francisco Ploegman, procurador general.

EL MAHDISMO

Aunque el progreso de los medios de comunicación y la frecuencia con que se verifican exploraciones geográficas hace que casi no haya ya regiones desconocidas en el globo, y que sepamos á las pocas horas lo ocurrido en los antípodas, en realidad sólo los países europeos y algunos Estados de América nos son bien conocidos y llaman nuestra atención. El resto del mundo permanece, por lo común, olvidado hasta que algún suceso notable atrae nuestras miradas hacia las remotas comarcas que no se encuentran dentro de los límites relativamente estrechos de lo que llamamos mundo civilizado.

Esto ocurre con los sucesos del Sudán. Desde la toma de Jartum por los mahdistas y la trágica muerte de Gordón, apenas ha dado la prensa más que algunas ligeras noticias sobre excursiones de los derviches, y combates de los soldados anglo-egipcios con los levantiscos sudaneses. Los periódicos británicos son una excepción en esto, por el interés que tiene Inglaterra en

demostrar que si sus tropas evacuasen el antiguo Imperio faraónico, el Egipto quedaría á merced de los derviches.

Recientemente se ha hablado de movimientos ofensivos de los mahdistas hacia Suakim; pero á juzgar por las noticias dadas por personas que han tenido ocasión de observar de cerca el Sudán, el peligro que constituía el mahdismo ha desaparecido.

Ha poco se han publicado dos libros: *Mahdism and the Egyptian Sudan*, y *Ten year captivity in the Mahdis Camp*, 1882, debidos al mayor Wingato, que dan interesantes noticias sobre el imperio sudanés creado por el célebre Mahdí.

La segunda de estas obras es el relato de la cautividad del P. Ohrwalder, que cayó prisionero en poder de los sudaneses y pudo al fin fugarse.

El P. Ohrwalder, misionero austriaco, fué testigo de la gran popularidad del Mahdí, quien, después de la toma de Jartum, olvidó su caracter de jefe religioso para entregarse á la disipación; olvidó los preceptos del Corán, y, á causa de sus desarreglos, murió al poco tiempo, dejando como sucesor al califa Abdellah de Ondurmán.

En los primeros tiempos del reinado de éste, el mahdismo llegó á su apogeo, llegando á dominar todo el territorio comprendido entre la segunda catarata del Nilo y las provincias ecuatoriales que gobernaba Emin-Bajá; la guerra victoriosa con el Negus Juan de Abisinia, cuya cabeza vió pasear el P. Ohrwalder por el campo sudanés, contribuyó á aumentar el poderío de los derviches.

Pero en 1889 los mahdistas fueron derrotados por las tropas anglo-egipcias, y el hambre que asoló el Sudán, á consecuencia de las continuadas guerras, acabó con el poderío del califa. La situación de éste es muy comprometida desde entonces, pues los parientes del Mahdí no han cesado de conspirar contra él, y se ha visto obligado á quitar los fusiles á sus tropas para economizar la pólvora, que es escasa allí, y para impedir una revuelta, rodeándose, para mayor seguridad, de los árabes baggaras, á cuya tribu pertenece.

Osmán Digma, el jefe de cuyas excursiones hablaron ha poco los periódicos ingleses, es un antiguo mercader de Suakim, convertido en aventurero militar por odio á los ingleses, que con la ocupación de Egipto han venido á perjudicar sus negocios. Mas su poderío es escaso, y no podría emprender ninguna seria campaña contra las fronteras egipcias.

Hay que tener en cuenta que el movimiento mahdista, que determinó la toma de Jartum, más que empresa militar conquistadora fué una de esas emigraciones armadas tan frecuentes en los pueblos sin civilización que tienen algo de nómadas. Pero no es creíble que los sudaneses, mal armados y desprovistos de unidad, pudieran apoderarse del Bajo Egipto, como han insinuado los periódicos ingleses.

Lo que sí parece seguro es que la evacuación de Egipto por los ingleses, ofrezcan ó no peligros los derviches, se dilatará por mucho tiempo, si es que llega á verificarse algún día, cosa poco probable á pesar de las ideas que sobre este punto se han atribuido á mister Gladstone.

LA EXPOSICIÓN DE CHICAGO

México envía á esta Exposición cuatro grandes modelos, que representan los episodios históricos arqueológicos más culminantes de la historia de la ciudad de Méjico en la época de la conquista.

Esos modelos representan el primero, el templo de Huitzilopochtli y Tlaloc, ó sea el gran *teocalli* de Méjico.

En él se ven los 78 adoratorios de que habla Sahagún; el templo de Quetzacoatl; las casas de los sacerdotes y mozas del servicio, el *Coapantli* ó cercado de cabezas de culebra de que habla Hernán Cortés, cuyos modelos se han hecho copiando los ejemplares que existen en el Museo Nacional de Méjico y que fueron encontrados en el atrio de la Catedral.

Sobre las cuatro puertas del cercado se ven los depósitos de armas que tenían los mejicanos para la defensa del templo.

En el centro del gran atrio inferior se levanta la gran pirámide truncada, compuesta de cinco cuerpos y su escalinata que mira al Sur, con 120 escalones, por la cual se subía al templo y también por la que arrojaban el cadáver de la víctima, como allí se ve.

Sobre el atrio superior hay el *Cuauhticalli* de Tizoc, piedra de los sacrificios solemnes, un *texcall*, ó sea la piedra de los sacrificios ordinarios manchada aún

de sangre, pero sin víctima, porque la víctima ha sido ya arrojada por la escalera.

Hay otro *texcall* en el que están los cinco ministros sujetando á una víctima y al *Topiltzin*, ó sea el primer sacerdote, presentando al sol el corazón de la misma.

Otro grupo de sacerdotes llevan una jicara con dicho corazón mientras la víctima va rodando por la escalera.

Entre las dos capillas de Tlaloc y Huitzilopochtli, se

distinguen los dos braseros del fuego sagrado con sus respectivas guardias, compuestas de dos sacerdotes. En el centro de la plataforma se ve «la danza sagrada» con sus respectivos músicos, que tañen el *teponaxtle* y *huehuetl*, y otros dos tocando la chirimía y el caracolmarino.

El segundo cuadro representa parte de las manzanas que en la actualidad existen en el hotel de Humboldt y el hospital de Jesús Nareño, que en tiempo de Moctezuma se llamaba *Huitzilán*, lugar donde Moctezuma II recibió de paz á Hernán Cortés.

Allí se ven representados en diminutas figuras de barro á Motezuma II con sus andas de oro,

los estandartes reales, el rico palio, los heraldos con sus bastones de oro, los cuatro señores que acompañaban de cerca al Monarca y los doscientos nobles con la cabeza baja en señal de supersticioso respeto á su soberano.

Hernán Cortés apeado del caballo y con su inseparable Marina al lado, saluda con la gorra al emperador que debía ser más tarde su víctima.



JAFFNA (Ceylán).—Iglesia de San Francisco Javier, en Gotchanur. (Pág. 94)

Acompañan al conquistador algunas secciones de dragones, rodeleros, escopeteros, arcabuceros y balles-teros, cubriendo la extrema retaguardia los aliados tlaxcaltecas. Todas estas figuras, también en pequeño tamaño, se hallan representadas, rigurosamente conforme á la verdad histórica, tanto en trajes, como en tipos. Se nota sobre las azoteas de las casas, la gente curiosa que ve con admiración á los conquistadores. Hay además algunas canoas en el canal que dividía de Oriente á Poniente las dos manzanas.

El tercer cuadro representa la prisión de Cuauhtemoc en el sitio llamado hoy Puente del Clérigo, cuyo lugar en aquella época era el límite Sur de la laguneta que existía en Tlalteloco.

Se ve allí el bergantín más velero que mandaba el capitán García Holguín, que da alcance á la canoa en que se retiraba Cuauhtemoc acompañado de su familia, del Sr. de Tacuba, de veintidós nobles y dos guerreros.

En el lago se distinguen canoas; en la costa de la laguneta se levantan algunos palacios de nobles, cuyas casas están almenadas y cercadas de arboledas y vegetación propia del Valle de Méjico.

El cuarto cuadro representa el suntuoso palacio del noble Aztaotzín, en el barrio de *Amazac*, hoy calle de la Paz, cerca de Peralvillo, en cuya azotea se ve á Cortés dirigiendo el combate de sus soldados, que arrinconaban á las últimas huestes de los valientes aztecas hacia el barrio en donde está hoy la Concepción Tequipeuca. En dicha azotea se ve al conquistador acompañado de algunos capitanes y soldados, que recibe al real prisionero Cuauhtemoc y á los nobles que le acompañaban en la canoa.

Presentan al preso, su aprehensor García Holguín y Sandoval, jefe de la flotilla de bergantines.

En otras figuritas de barro se ve representado á Cuauhtemoc, señalando con la mano derecha el puñal que Cortés trae al cinto, y se supone que le dice aquellas memorables palabras: «Toma tu puñal y máteme, ya que no he podido morir defendiendo á mi pueblo.»

Tal es, á grandes rasgos hecha, la descripción de los cuatro cuadros histórico arqueológicos que serán enviados á la Exposición de Chicago.

CRÓNICA

España.—Han llegado á la Coruña dieciocho Padres y Hermanos de la Compañía de Jesús, que van á las Misiones y Colegios de América; cuatro quedarán en Méjico, los restantes continuarán su expedición al Ecuador y al Perú.

Roma.—El Papa ha dado audiencia al cardenal Vaughan, arzobispo de Westminster. León XIII dió un abrazo cordialísimo al nuevo Cardenal y manifestó el placer que le causaba esta visita, al mismo tiempo que la satisfacción de haber encontrado un digno sucesor al cardenal Manning.

El Papa se informó de la situación de la Iglesia y de los progresos del Catolicismo en Inglaterra. Su Santidad dijo que al vestir al Prelado con la púrpura, se proponía no sólo recompensar sus méritos y sus virtudes, sino también ofrecer al Gobierno inglés una recompensa cordial por su actitud benévola con la Iglesia católica en Inglaterra.

—Ignacio Pérsico, ó mejor, el P. Pérsico, es el último de los seis Prelados italianos llamados recientemente al Sacro Colegio. Mo-

desto y humilde hijo de San Francisco, nació en Nápoles el 30 de Enero de 1823. Después de hacer el noviciado en su ciudad natal y de haber recibido las órdenes sagradas, marchó como misionero á las Indias. Allí permaneció durante ocho años prestando tan grandes servicios, que el Padre Santo le confirió el título de Obispo de Gratianópolis en 1854.

Encargado de varias comisiones eclesiásticas en diversas comarcas del mundo, especialmente en el Canadá y en los Estados Unidos, Pio IX admirado de la laboriosidad del modesto capuchino, le nombró obispo de Savannah en los Estados Unidos el 20 de Marzo de 1870. Vuelto á Roma en 1874, fué nombrado auxiliar con futura sucesión del Obispo de las diócesis reunidas de Sora, Pontecorvo y Aquino. Elegido para la citada diócesis en 1879, la administró con grande sabiduría por espacio de nueve años, al cabo de los cuales León XIII le nombró Secretario de la Congregación de la Propaganda en 1887, y fué preconizado arzobispo titular de Damietta en el Consistorio del 14 de Marzo del mismo año.

En Malabar y en Irlanda desempeñó importantes Misiones.

—Una Diputación de Rumania, compuesta de unas cincuenta personas, llegará á Roma por Pascua.

El Obispo católico del rito griego rumano de Lugos (Hungria), antiguo discípulo del Colegio Pontificio griego, de Roma, presidirá la peregrinación.

Esta se compondrá de católicos y de cristianos disidentes. El hecho de que los cismáticos vayan á prestar sus homenajes al Papa, es tanto más notable en estas circunstancias, cuanto que es más declarado y activo el movimiento que se está operando en Oriente hacia la Iglesia Romana.

Es probable que el Padre Santo recibirá á los rumanos en dos audiencias distintas; la una para los católicos y la otra para los disidentes, en quienes es de esperar que la palabra de León XIII produzca saludables efectos.

—El Ilmo. Satolli, arzobispo titular de Lepanto, ha sido nombrado Delegado Apostólico en los Estados Unidos de América.

Holanda.—Los Diputados católicos, secundando los sentimientos de los fieles holandeses, y merced al desarrollo siempre creciente del Catolicismo en la nación, han presentado á las Cámaras un proyecto para que el Gobierno ponga en Roma cerca de la Santa Sede un representante ó encargado de negocios. El Gobierno se muestra inclinado á favorecer á los católicos, si bien sus enemigos se disponen á combatir vivamente el proyecto.

Austria.—La Carta circular que S. E. el cardenal Ledochowski, prefecto de la Propaganda, dirigió á los señores Arzobispos y Obispos de Austria en favor de la Obra de la Propagación de la Fe, está concebida en los siguientes términos:

«Entre las Asociaciones que prestan eficaz socorro á la Sagrada Congregación de la Propaganda, el lugar de honor corresponde de derecho á la Obra fundada en Lyon bajo el nombre de Propagación de la Fe, Obra que tiene por objeto reunir las oraciones y limosnas de la piedad cristiana para procurar las mercedes de lo alto y los recursos materiales á los apóstoles que se han impuesto la tarea de la predicación evangélica.

«La influencia de esta Obra sobre los progresos de la fe católica en el mundo se ve claramente por los incomparables resultados obtenidos gracias á su concurso, y por los testimonios solenes de varios Soberanos Pontífices, que han colmado á dicha Asociación de muestras de benevolencia, de elogios, de privilegios y estímulos. A ejemplo de sus Predecesores, Su Santidad el Papa León XIII la recomendó con tanto cariño como autoridad, por su Encíclica del 3 de Diciembre de 1880, en la que están ampliamente desarrollados el plan, objeto y ventajas de esta bendita Obra.

«La Sagrada Congregación de la Propaganda, apoyándose en tan augusta autoridad, penetrada de las obligaciones que le incumben y plenamente convencida de vuestro celo, viendo acrecer diariamente las numerosas y pesadísimas cargas de las Misiones, y sabiendo cuán urgente es acudir en su ayuda, se dirige á V. I. por orden del Soberano Pontífice, y le ruega favorezca, tan extensamente como se lo aconseje su celo por los intereses

de la Religión, los progresos de la Obra de la Propagación de la Fe en su diócesis.

«Al favorecer á esta Obra, V. I. no solamente trabajará por el bien general de nuestra Madre la Santa Iglesia, ni cumplirá únicamente con un excelente acto de piedad, sino que además procurará insignes ventajas espirituales á los fieles que le están confiados. En efecto, en los momentos en que los impíos redoblan su audacia y su violencia para arruinar en nuestra Europa la fe cristiana, nuestros esfuerzos para llevar á los otros pueblos la Buena Nueva nos alcanzarán de Dios, más eficazmente que cualquiera otro medio, la gracia necesaria para rechazar ese inminente peligro, pues la Divina Providencia se complace en otorgarnos copiosamente los mismos bienes que nos esforzamos en dar á los otros.

«Por lo demás, seguro estoy de que V. I. y su clero nada descuidarán para excitar los buenos y generosos sentimientos de los fieles en favor de una Obra que tanto ha crecido del nombre cristiano.»

Inglaterra.—El arzobispo de Westminster Heriberto Vaughan ha sido elevado á la sagrada púrpura en el Consistorio celebrado el 16 de Enero de 1893.

En la pág. 81 publicamos el retrato de este eminente Príncipe de la Iglesia, que ocupó durante veinte años la silla de Salford antes de ser metropolitano del Episcopado inglés.

Hijo mayor del teniente coronel Vaughan de Courtfield (Hertfordshire, nació en Gloucester el 15 de Abril de 1832. Fué educado en Stonhurst y en el extranjero, y siguió la carrera eclesiástica en Downside (Inglaterra) y en Roma, siendo ordenado de sacerdote en esta última ciudad por el arzobispo de Lucques, el día de los Santos Simón y Judas, el año 1854. Vicesuperior del Colegio de San Edmundo, se le confió simultáneamente la dirección de los fieles dispersos en una extensión considerable del Hertfordshire, en donde edificó una iglesia y una escuela antes de ser llamado á Londres y de dedicarse con su indisputable talento á las Misiones del Este de la capital, bajo la dirección del Rdo. Kelly. En 1857, con el Ilmo. Manning y otros cinco sacerdotes, solicitó el establecimiento de los Oblatos de San Carlos en la diócesis de Westminster. En 1863, con el fin de fundar un Colegio de misioneros ingleses, marchó á América á recoger fondos, y á su vuelta hizo construir el Colegio de Mill-Hill, del que fué superior hasta el año 1872. Fué preconizado obispo de Salford el 27 de Septiembre del mismo año, recibiendo la consagración episcopal en su Catedral el 28 de Octubre siguiente. Sucedió pocos meses hace al cardenal Manning en la Sede metropolitana de Westminster. El 16 de Agosto de 1892 recibió el palio en el Oratorio de Brompton, de Londres. Esta ceremonia no se había visto en Inglaterra desde hace tres siglos. Los dos últimos Arzobispos fueron investidos con el palio en Roma. La entrega de éste la hizo el Delegado apostólico, arzobispo de Trebizonda, rodeado de treinta Obispos ingleses, escoceses é irlandeses, y de muchos miembros del clero secular y regular, entre los que estaban representados los Padres Franciscanos, Jesuitas, Dominicos y Benedictinos. Asistieron también los principales miembros de la aristocracia católica inglesa, Duque de Norfolk, lord Denbigh y lord Ashburnham; los embajadores de España, Estados Unidos, Portugal, Brasil, Suiza y Grecia, y los encargados de negocios de Francia y Austria-Hungría. El Delegado del Papa pronunció un sermón acerca la significación de la entrega del palio.

Jaffna (Ceylán).—El Rdo. P. Collin, oblato de María Inmaculada, nos escribe desde Trincomalia:

«Creo complaceros dándoos algunas noticias del pueblo de Kottiar. La casa del sacerdote no es aquí un edificio permanente: la construyen á la llegada del misionero: su elevación es suficiente para que pueda estar en pie, por lo menos en el centro. (V. el grabado de la pág. 89).

«Con el propósito de despertar á los cristianos de Kottiar de su apatía, el Rdo. P. Delpech ha establecido entre ellos una Congregación del Sagrado Corazón, en la que se han inscrito ya treinta y ocho hombres, comprometiéndose á observar su Reglamento. Este consiste en evitar cuatro cosas: la taberna, el juego, el tea-

tro y las riñas de gallos; y en hacer otras cuatro: 1.º asistir el domingo por la mañana á las oraciones que se rezan en la iglesia en substitución de la Misa, y por la tarde al Rosario; 2.º rezar las oraciones de mañana y noche en familia; 3.º confesar y comulgar tres veces al año; y 4.º rezar el *Padre nuestro* y el *Credo* con la invocación al Sagrado Corazón.

«En lo sucesivo convendrá que visitemos esta Misión con más frecuencia para que los congregantes puedan cumplir el Reglamento.

«Antes de partir, el P. Delpech visitó el pueblo de Gatchanur, á cinco millas de Kottiar, donde hay dos parejas cristianas recién casadas, algunas ovejas más ó menos diseminadas, y unas veinte familias paganas, gentes muy sencillas y aisladas en medio de sus arrozales. Dos niños paganos han recibido ya el Bautismo, presentados al efecto por sus mismos padres.

«Para que arraigue la fe en este lugar, requiérese ante todo una iglesia: el P. Delpech ha provisto á esta necesidad transportando en una carreta la antigua casa reservada para el sacerdote en Kottiar, de la que os envío el croquis que ha sacado de la misma. (V. el grabado de la pág. 92). La nueva iglesia está bajo la advocación de San Francisco Javier, y el fundador restaura ahora una imagen antigua con que dotará el nuevo edificio. Un maestro de escuela es también de la mayor importancia para asegurar el porvenir. Prometemos un salario mensual de diez pesetas al que acepte el cargo, contando que la Providencia nos ayudará á saldar esta deuda.»

China.—Según noticias del vicario apostólico del Hu-Nan Meridional, fundado en 1836, hay 5,300 católicos en una población de diez millones de habitantes. Hay 10 estaciones, 83 cristianidades, 13 iglesias, 41 capillas, un Seminario, siete escuelas y cinco asilos para huérfanos. Hay tres misioneros franciscanos y doce sacerdotes indígenas. En los diferentes vicariatos apostólicos de China se cuenta gran número de misioneros de la Orden Seráfica.

Fernando Poo.—El Rdo. P. José Singla, misionero del Inmaculado Corazón de María, escribe desde San Carlos, con fecha 30 de Octubre de 1892:

«Durante el último trimestre se han administrado quince bautismos en este Colegio, á saber: á trece muchachos y dos muchachas, y se han celebrado dos matrimonios. De éstos los habrá, Dios mediante, en mayor número dentro de poco, á medida que nuestros alumnos vayan creciendo en edad; pues hay varias muchachas que huyen de sus butucues para venirse á la Misión; por más que han de ir con cautela en no alejarse mucho de ella, porque los bubis están de acecho esperando una ocasión oportuna para cogerlas y llevárselas otra vez á la infidelidad, como sucedió no ha muchos días, que armaron los bubis una emboscada, y cogiendo á una se la llevaron, aunque después se escapó otra vez á la Misión. Sin embargo, ahora no son los bubis tan atrevidos como antes, porque temen á la Misión y á los muchachos mayores, que tienen todos su arma de fuego en defensa propia.

«A los jóvenes casados, así como á los solteros ya crecidos, los dedicamos á la roturación del bosque para plantar fincas de cacao; algunos de ellos tienen ya señaladas dos hectáreas de terreno, y han hecho sus respectivas plantaciones.

«Los cuatro crumanes de que disponemos se ocupan en cortar árboles para hacer tableta para las casas.

«Un Hermano, con los niños que no están en edad para el trabajo, recorre los pueblos para hacer provisión de flanes, producto principal con que se mantiene el Colegio y las familias católicas establecidas en casas particulares.

«Así es, reverendo Padre, que como el personal de los Colegios se va aumentando, y aun después de colocados se les ha de proveer del ajuar, vestido y alimentos, se necesitan muchos recursos.

«Confiarnos en la caridad de tantos bienhechores como se interesan por las Misiones del Golfo de Guinea. ¡Cuánta podrían ejercer á favor de esta Misión de San Carlos!

«Por de pronto necesitamos una imagen del Inmaculado Corazón de María, pues la que hay apenas se puede pasar un paño sin que se vaya á trocitos. ¡Cuán bien se lo pagaría el Cora-

zón de María si hubiese algún bienhechor que nos hiciese esta merced.»

—De otra car a de Cabo San Juan tomamos los siguientes párrafos:

«Hay un pueblo de pamues, que dista como ocho millas de nuestra residencia, y es visitado cada quince días por los Padres misioneros, permaneciendo entre ellos tres ó cuatro días, en los cuales no dejamos de experimentar la influencia de la Religión en los salvajes.

«Conta el pueblo de 136 personas, entre las cuales hay 31 cristianos. Al Santo Rosario asisten como 80 personas, ávidas de instrucción, y que saben apreciar lo suave que es la ley de Dios, á la par que necesaria y útil. Igual asistencia tenemos en los días festivos que residimos en dicha estación. Pero lo más consolador es que dentro de poco llegarán á unos 300. Pidan todos con fervientes oraciones para que suene en el reloj de la Providencia la hora feliz de la conversión de estas pobres gentes.

«Sabido es de todos los que han visitado esta residencia, que la posición que ocupa no está muy conforme con la higiene. Después de haberlo expuesto el reverendísimo Prefecto al reverendísimo Padre General, y mirado todo, se determinó la elección de un lugar que reuniera mejores condiciones climatológicas, y se halló á media legua, en un monte que medirá unos ochenta metros sobre el nivel del mar, y que domina el espeso bosque que impedía la circulación de aire, causando el abatimiento y postración que tanto experimentábamos.

«Dicho monte se denomina de la Luna por la redondez que tiene, y le podremos llamar dentro de poco monte de la Virgen, porque tendrá en él nuestra augusta Madre su trono, donde sus queridos Hijos le ofrecerán en abundancia el incienso de la fervida oración.»

Organización de la Compañía de Jesús.—Dividese en cinco asistencias para las cinco principales lenguas: italiana, española, francesa, alemana é inglesa.

Al terminar el 1891, la asistencia de Italia tenía 798 sacerdotes, 496 estudiantes, 470 Hermanos coadjutores; en total, 1,764 Religiosos.

La asistencia de Alemania tenía 1,539 sacerdotes, 935 estudiantes, 996 Hermanos coadjutores; en total, 3,470 Religiosos.

La de Francia, 1,632 sacerdotes, 563 estudiantes, 663 Hermanos; total, 2,863.

La de España, 871 sacerdotes, 884 estudiantes, 815 Hermanos; total, 2,570.

La de Inglaterra, 903 sacerdotes, 846 estudiantes, 518 Hermanos; total, 2,377.

Toda la Compañía contaba, por lo tanto, al terminar el año, 12,974 individuos.

El año 1890 el número total de jesuitas era de 12,780, habiendo aumentado, por lo tanto, en un año, 194 personas.

La asistencia de Italia se subdivide también en otras cinco: austro-húngara, belga, galiziana, alemana y holandesa.

La de Francia, en cuatro provincias.

La de España tiene cinco: Aragón, Castilla, Portugal, Méjico y Toledo.

La de Inglaterra, siete: Inglaterra, Irlanda, Maryland, Misury, Canadá, Nueva Orleans y Zambesa.

Noticias varias.—Tan pronto como se decretó la cuarentena con motivo del cólera, en el puerto de Nueva-York, los Padres Jesuitas de la iglesia de San Francisco Javier enviaron á un sacerdote de la Compañía á dicho puerto, á fin de que pudiera prestar los auxilios espirituales á los católicos que lo solicitaran, y manifestaron á las Autoridades sanitarias que diez sacerdotes más estaban dispuestos á ir al propio objeto en caso necesario.

—El Rdo. P. Gulstan Francisco Robert, de la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, ha sido nombrado vicario apostólico de las islas Sandwich, para reemplazar al último obispo difunto Ilmo. Hermann. El nuevo Obispo es bretón, y por el largo período de veinticinco años ha estado evangelizando las islas Sandwich.

VARIEDADES

EL TULLIDO DE MAO-KIA-WO-TSE

SIAO-GNI, ó como le llaman más á menudo los chinos de su comarca, *T' an-tse* (el tullido), es un muchacho de diecinueve años de edad, mas al verle se le tomaría por un niño de unos ocho ó nueve. Anda gateando por el suelo, con la cabeza casi metida entre las manos, el espinazo al aire y arrastrando ambas piernas, áridas, secas, entorpecidas, que estremecen. Llegó un día á la residencia de los misioneros católicos de Mao-kia-wo-tse, en el Kiangnan (China), y su vista horrorizaba: tenía el cuerpo hecho como una sola lla-ga, pues cubríalo una multitud de úlceras purulentas de las que se exhalaba un hedor insufrible.

¿Quién era y de dónde venía? Un infeliz cuyos padres paganos le habían arrojado del hogar doméstico. Cansados de alimentarle, única cosa que hacían por él, le habían dicho sin mimos ni cumplidos que se fuese á buscar amparo donde pudiese; que bastante paciencia habían tenido con él durante diecinueve años; pero que los recursos de la familia habían menguado tanto, que era locura seguir llenando tres veces al día una boca inútil.

El pobre tullido, cubierto apenas de pocos andrajos y derramando lágrimas del más hondo pesar, se dirigió á la calle; mas ¿á dónde ir?

Tres días enteros fué arrastrándose por donde pudo y como pudo, sin tener rumbo fijo. Guiábale, sin embargo, sin que él lo supiera, su Angel de la guarda, y llevóle, como hemos indicado, á la puerta de los misioneros, la que el P. Bureau, jesuita francés, le abrió desde luego de par en par.

Pagano hasta entonces, aunque alma candorosa é inocente, Siao-gni quedó como pasmado de la caridad de los cristianos. Sus propios padres le habían arrojado de su hogar, y unos extranjeros le recogían con cariño y prodigaban los más amorosos cuidados; ¿qué extraño es que quisiese pronto pertenecer él también á una Religión tan sobrehumana? Empieza, pues, á estudiar el Catecismo, y alegre como un pajarillo, á pesar de sus horribles llagas, pasa horas del día cantando con una voz celestial las oraciones que va aprendiendo de memoria.

Ni se contenta con ser él cristiano. Entendiendo ya suficientemente nuestra santa fe, se pone á explicarla á cuantos gentiles van á ver á los misioneros; y su palabra, sostenida por el espectáculo de aquellas úlceras que van desapareciendo poco á poco bajo el cuidado de los Padres, no es el menos elocuente de los sermones. La casa de los misioneros es á menudo paradero de gente que acude de lejos manifestando deseos de abrazar el Cristianismo. Al anochecer es imposible dirigirlos á una fonda, pues fondas no hay en el vecindario; y por otra parte, se contentan, para pasar la noche, con un poco de paja en el suelo y una manta cuando hace frío: preciosa ocasión que no deja de aprovechar el tullido para hacer las veces de misionero. Mientras otros descansan tranquilamente, él empieza á exhortar á los huéspedes á que se hagan cristianos. ¡Y con qué acierto lo hace! Les habla del Padre, de sus trabajos en China, de lo sublime de su Religión, sin recelar que el Padre

lo oye todo desde la pieza vecina. Cuando al verle por la mañana le pregunta qué impresiones ha recibido de las visitas de la víspera, halla que por lo común no se engaña el improvisado catequista.

—Padre, responde, aquel hombre nunca se hará cristiano, lleva en el corazón una espina no muy santa; esto es lo que le ha traído aquí.

O bien:

—El tal es muy hombre de bien, Padre; ha sido preciso hablarle de Religión toda la noche; y hasta le enseñé tal oración.

Por la fiesta de Navidad del año pasado, Mao-kia-wo-tse parecía haberse trocado en una población católica: todo era animación y regocijo. Día y noche llegaban á centenares los curiosos; venían en tropel de las aldeas vecinas, como si se hubiese tratado de una feria, decían los paganos. Entre otros fué la madre del tullido, que sólo vive á unas ocho *ly* de distancia. Durante la visita, el joven se echó á llorar; cosa notable, pues sus dolores, por agudos que fuesen, nunca le habían arrancado una sola lágrima. Era ésta por otra parte la primera visita que le hacía su madre: de modo que no adivinando la causa de su pena, se la preguntó el misionero, y tuvo por contestación:

—Mi madre no quiere hacerse cristiana, á pesar de lo mucho que la he estado platicando; ¿cómo quiere, Padre mío, que yo no me entristezca?

El misionero no pudo á su vez contener sus propias lágrimas.

Después de algunos meses volvió su madre á verle; y habiéndoselo avisado, contestó:

—¿Viene á hacerse cristiana? Si así es, voy, si no, no.

Y mantuvo su palabra; no fué á verla.

Y firme en su nueva fe, sigue viviendo con los misioneros el predestinado muchacho, catequizando á sus paisanos, siempre alegre, amable y risueño. Algunas de sus llagas se han cicatrizado, otras están en camino de curación. No parece tener de hombre más que la cara; y sin embargo, los misioneros le aman entrañablemente, tal es el candor y la dulzura que se reflejan en ella.

UNA CIUDAD PREHISTÓRICA

Al pie del volcán del Agua, situado á unos tres kilómetros próximamente de Santiago de los Caballeros, una de las poblaciones más importantes de la república de Guatemala, se halla una heredad perteneciente al rico propietario D. Manuel Alvarado, y cuya propiedad es conocida, quizás por su situación topográfica, con el histórico nombre de «Pompeya.» Hace algunos meses se encontró en unos surcos de la labranza recién abiertos varios objetos de marcado color prehistórico. El dueño de la finca ordenó, en vista del hallazgo, que se practicasen varias excavaciones, que han dado un sorprendente resultado. A unos quince pies de profundidad empezaron á descubrirse escombros raros é interesantes, utensilios domésticos, vasos, hachas y otras armas guerreras, talladas en piedras, y muchos ídolos fabricados de tierra cocida, adornados con turquesas y otras piedras preciosas. Sobre casi todos estos objetos se ven grabados caracteres simbólicos é inscripciones jeroglíficas.

Después aparecieron muchas estatuas, algunas de ellas de notable mérito artístico. Todas estas obras de arte no han debido tener otro cincel que un trozo de piedra, puesto que en todas las excavaciones no se ha encontrado vestigio de metal alguno. Esto hace suponer que las ruinas recién descubiertas se remontan á la edad de piedra. Llegó el turno á la humanidad, y empezaron á aparecer restos de esqueletos, cráneos, cuyos nasales se ven atravesados por una piedra preciosa en forma de anillos, y restos carbonizados encerrados en urnas cinerarias. Hasta ahora todos los indicios hacen creer que se trata de una ciudad populosa sepultada por un terremoto, cuya fecha es remotísima. Tan precioso hallazgo arqueológico ha sido comunicado á las más importantes Sociedades y museos del mundo para que nombren Comisiones que estudien en las excavaciones empezadas, y den su dictamen para continuarlas en gran escala.

PLANTAS LUMINOSAS

Hay viajeros que nos hablan de plantas carnívoras, como la orquídea llamada *Nepenthes*; no son menos sorprendentes las flores luminosas.

El reino animal tiene sus luciérnagas, sus fulgores, sus insectos luminosos, llamas vivientes, chispas aladas. También el reino vegetal tiene sus plantas fosforescentes, sus flores luminosas.

Un día, paseando el viajero Gardner por las calles de la Villa-Nationale en Calcuta, vió un grupo de muchachos que jugaban con objetos luminosos que despedían un vivo resplandor.

Creyó al principio que serían grandes fulgoras, insectos de la tribu de los fulgorinos hemípteros, pero pronto advirtió que se trataba de setas fosforescentes. Al día siguiente, el mismo Gardner hizo una amplia provisión de estas extraordinarias plantas.

Durante la noche, este hongo extraño despide tan viva luz que alumbra perfectamente una habitación oscura, y permite leer sin trabajo la letra más fina. Por lo tanto, es una lámpara maravillosa que se enciende por sí misma y se apaga al ser ya de día claro.

Por la época en que Gardner descubría un hongo tan curioso, el inglés Drummond, explorando la Australia, se paraba sorprendido ante una especie gigante de setas luminosas que formaban sobre las altas yerbas como una nube de fuego.

Más tarde, en las Indias, jardín encantado de plantas maravillosas, descubrió el mayor Maddeu, por la más extraña casualidad, un vegetal que despedía una viva luz fosforescente.

Durante la noche, en medio de una horrorosa tempestad, vió Maddeu de pronto un largo surco de fuego ondular como un reptil, extenderse después en torno suyo á modo de capa luminosa, envolviéndole una aureola deslumbrante. No comprendiendo aquel prodigio, emprendió la fuga y se acurrucó temblando detrás de una roca exclamando: «¡El rayo!»

Era una planta, el *yolismati*.